

**PABLO EL MARINO,**

DRAMA EN CINCO ACTOS

**DEL CÉLEBRE ALEJANDRO DUMAS,**

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

*D. Remigio Otel y Roy. (penet.)*

*Manuel Giron de los Hornos*

JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

2350

**MADRID:**

**EN LA IMPRENTA DE YENES,**

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

**1859.**

## PERSONAS.

---

EL MARQUES DE AURAY.

LA MARQUESA.

EL CONDE DE MARENCEY, *su hijo.*

MARGARITA, *su hija.*

PABLO, *el marino.*

LUIS BREMONT.

EL BARON DE LATOUR.

M. DE LA JARRY.

M. DE NOZAY.

UN ESCRIBANO.

ROBERTO, *criado de la marquesa.*

JAZMIN, *criado del conde.*

NOBLES, OFICIALES DE MARINA, UN PICADOR, VARIOS CRIADOS.

---

*La escena pasa el año 1779 en Bretaña, en el castillo de Auray.*

---

Este drama es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Un salon en el piso bajo adornado al estilo de Luis XIII; puerta al fondo y dos laterales; una chimenea, y encima un espejo; á la derecha una ventana.

### ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE MARENCEY *en traje de camino, entrando por el foro: le sigue un criado, el cual coloca sobre una mesa un par de pistolas.* JAZMIN, ROBERTO y otros tres criados.

*Marencey. (Sentándose en un sillón.)* Jazmin, al postillon que solo me ha volcado dos veces desde Vannes aqui, le darás un escudo de seis libras. Qué caminos! He de consultar al notario para que me instruya si existirá en los archivos de la familia algun nuevo derecho de servidumbre, cuya práctica pudiera restablecer. (*Dirigiéndose á un criado vestido con librea del tiempo de Luis XV que le hace una cortesía.*) Está bien, Roberto, está bien, me alegro volver á verte.

*Roberto.* Señor, y yo igualmente.

*Marencey.* Sí, ya entiendo; eso quiere decir...

*Roberto.* Que todas las bendiciones del cielo...

*Marencey.* Vengan á parar á tu garganta. Nada mas justo. Toma para refrescar; (*Reparando en los otros tres criados.*) esto para tí solo; ahora toma para que bebas con tus compañeros. Jazmin, avisad mi llegada á la señora marquesa, y decidla de parte mia, que deseo recibir sus órdenes, bien me permita que suba á la habitacion del marques, ó ya prefiera el molestarse en venir hasta aqui. Marchad. (*Vanse los criados; Roberto les sigue.*) Roberto, no ha habido ninguna novedad durante mi ausencia? ¿Cómo está mi padre?

*Roberto.* Siempre lo mismo; ni mejor ni peor.

*Marencey.* Y su razon?

*Roberto.* Así, así; tan pronto en buen estado como en completa nulidad, al menos según nos cuentan, pues ya sabéis que de nadie se deja ver sino de la señora marquesa.

*Marencey.* Es verdad, ni aun de nosotros. Y mi hermana?

*Roberto.* Siempre triste.... Llora y se lamenta que es una bendición de Dios. Pobre señorita! No sale del castillo sino cuando va á visitar al viejo Bremont.

*Marencey.* Seguirá viviendo en su casita del parque?

*Roberto.* Sí señor; y se diría que solo alienta y tiene movimiento para ir á descansar debajo de la encina grande. Ya sabéis cual? Allí se pasa las horas muertas, rezando, según creo.

*Marencey.* Anciano singular! Y tú continuas siendo el que por orden de la marquesa le asistes y procuras cuanto le es necesario?

*Roberto.* Sí señor. Sin oírle nunca mas que «buenos días,» «felices tardes,» «mil gracias, Roberto.»

*Marencey.* Está bien. (*Roberto se dirige á la puerta.*) Roberto, vuelve los cañones de esas pistolas hácia la pared; ya sabes qué pavor infunde á mi madre esa clase de armas.

*Roberto.* Aquí se acerca la señora marquesa.

*Marencey.* Déjanos solos. (*La marquesa entra pausadamente por la puerta del foro. Roberto se retira.*)

## ESCENA II.

LA MARQUESA (*vestida de negro*). EL CONDE DE MARENCEY.

*Marencey.* (*Dirigiéndose á recibir á su madre á quien besa la mano arrodillándose.*) Si la señora marquesa me permite...

*Marquesa.* Levantaos, hijo mio. Cuánto me alegro de veros. (*El conde la conduce á un sillón. La marquesa repara en las pistolas y se estremece.*)

*Marencey.* ¿Qué teneis madre mia?

*Marquesa.* Nada. (*Se sienta.*) He recibido vuestra carta y os doy la enhorabuena. Me parece que habeis nacido para la diplomacia, aun con mayores disposiciones, que para la carrera de las armas, y debiais

suplicar al baron de Latour que pretendiese para vos en vez de un regimiento, una embajada.

*Marencey.* No dudo que lo conseguiria del mismo modo; tal es su valimiento ó por mejor decir, hasta tal extremo se halla enamorado.

*Marquesa.* ¡Enamorado de una muger que no ha visto?

*Marencey.* Oh! Latour es un hombre de talento, y cuantas noticias ha adquirido sobre nuestra familia le hacen desear una alianza con nosotros. Ademas que él la merece. Sus pruebas datan desde 1399, y Cherin ha quedado muy satisfecho de sus títulos. Uno de sus ascendientes era de la familia real de Escocia. Desde entonces lleva un leon en los escudos de sus armas. En fin, es un partido que nos conviene, y no ignorais que él es quien ha insistido en que todas las ceremonias se hiciesen durante su ausencia. Vos, señora, habeis tenido la bondad de correr las amonestaciones; de suerte que mañana por la tarde podremos firmar el contrato en caso de que llegue Latour, no es verdad?

*Marquesa.* (*Haciéndole una seña afirmativa con la cabeza.*) Y no os ha hablado nada acerca de Lusitania? No os ha preguntado por qué motivo habia solicitado nuestra familia la sentencia de su destierro?

*Marencey.* No señora, esa clase de servicios son tan comunes que se olvidan á la mañana siguiente de haberse hecho. Nadie desconoce ademas que encierran siempre algun secreto interesante que no es prudente investigar. Solo yo conservo aun en mi memoria á ese hombre.

*Marquesa.* Vos, y por qué?

*Marencey.* Porque recuerdo de tiempo en tiempo que debió mi venganza servirse de otras armas que de las que me serví.

*Marquesa.* (*Levantándose.*) Hijo mio, no hableis de ese modo si no quereis atormentarme cruelmente.

*Marencey.* Teneis razon, madre mia. No pensemos ya en lo sucedido. (*Pasándose la mano por la frente.*)

*Marquesa.* Es decir que Latour no sabrá nada?

*Marencey.* Nada; pero si he de manifestaros lo que pienso, lo mismo seria que lo hubiese sabido.

*Marquesa.* Cómo?

*Marencey.* Le creo demasiado filósofo para que no influyese en nada sobre lo que ya tiene decidido cuanto pudiera haber llegado á su noticia.

*Marquesa.* Estará arruinado?

*Marencey.* Como todos los jóvenes nobles de hoy dia; pero como caballero y de la casa de que desciende, tiene grande influjo en la corte.

*Marquesa.* Pues bien, nosotros somos bastante ricos para que sin menoscabar nuestra fortuna podamos reparar la suya. (*Cogiendo de la mano á su hijo.*) Este enlace asegura la felicidad de mis hijos: por lo menos la del uno. No quiero que vivan esclavizados eternamente en un antiguo castillo de la Bretaña, lejos de los placeres, cerca de un padre demente que se niega á verlos y que acaso no los reconoceria si los viese. A mí tan solo me corresponde velar por un anciano moribundo á la sombra de estas antiguas murallas, y á vosotros, hijos míos, cuya vida es joven y llena de ilusiones el correr á buscar la dicha y los rayos libres del sol...

*Marencey.* Ah! Madre mia, vos sois un modelo de desinterés y afecto, la imagen de las virtudes. Habis jurado sacrificaros por el cumplimiento de un deber, y hace ya veinte años que sobrellevais vuestras desgracias con una heróica resignacion. Perdonad, madre mia, si yo manifiesto tanta impaciencia en ver realizarse un proyecto que me separará de vos; pero me pesa ya de vivir ignorado y cada vez que escucho mi nombre que mis ascendientes hicieron tan glorioso y vos tan respetable, me parece una acriminacion. A mis años mi abuelo era maestro de campo, mi padre caballero del rey. Hay en las noblezas ciertos timbres que nunca se borran, como en el cielo estrellas cuya luz es eterna, y sin embargo de esto, mi padre, enfermo hace veinte años y separado durante todo ese tiempo de la corte, ha sido olvidado del rey viejo á su muerte; el nuevo le ha olvidado tambien al subir al trono, hasta tal punto, que cuando me presenté en Versailles, mi nombre, el nombre del marques de Auray apenas era conocido de esa corte novel.

*Marquesa.* Tranquilizaos, hijo mio; yo espero que vuestro nombre ha de resonar aun tan alto que llegue á los oídos del rey. Asi Dios conserve sus dias por luengos y dilatados años para bien de la Francia.

*Marencey.* ¿Y quién podria intentar nada contra su ventura? Luis XVI joven y amable, Maria Antonieta tambien jóven y bella, rodeados ambos de una nobleza entusiasta y generosa, amados de un pueblo fiel. ¡Ah! su suerte está reservada de todo infortunio.

*Marquesa.* Ninguno, hijo mio, está libre de los errores ó de las debilidades humanas; ningun corazon está esento de pasiones aunque palpita debajo de una púrpura. Ninguna sien, aunque defendida por una corona, puede gloriarse de que sus cabellos no encanezcan en una sola noche. Decis que les rodea su nobleza? (*Abriendo una ventana.*) Mirad esas arboledas; por la primavera tambien ellas estaban pompasas y adornadas de hojas, y apenas han silbado los primeros aires del invierno cuando se ven despojadas y marchitas. Decis que un pueblo leal los adora? Ved el mar, ahora está en calma tranquilo y silencioso, mañana, esta noche, dentro de una hora tal vez el soplo del huracan nos repetirá los ayes moribundos de los infelices que sepulta. Aunque separada del mundo, de cuando en cuando llegan á mis oídos rumores estraños. No es cierto que se proclama una secta filosófica que cuenta ya con muchos partidarios de nombradia? No se habla de todo un mundo que como una isla flotante se ha segregado de su madre patria, hijos rebeldes que se niegan á reconocer á sus padres? De un pueblo que se dá el nombre de nacion? No es cierto que personas de alta descendencia han atravesado las mares para ofrecer á los sediciosos las espadas que sus ascendientes solo hicieron brillar á la llamada guerra de sus legítimos soberanos? Y no es cierto tambien que el rey Luis XVI y Maria Antonieta, su esposa, olvidándose de que los reyes son una familia de hermanos, han dado su beneplácito á estas emigraciones belicosas y han enviado cartas de favor á no sé cual pirata?

*Marencey.* Todo eso es verdad, madre mia.

*Marquesa.* (Con tono solemne.) Pues si es así, pedid á Dios, como yo, que vele sobre sus magestades el rey y la reina de Francia. (*Vase con paso lento y sin volverse.*)

### ESCENA III.

EL CONDE y despues JAZMIN.

*Marency.* (*Observando á su madre al alejarse.*) Este castillo triste y silencioso la inspira sin duda pensamientos tan lúgubres y sombríos. No parece sino que bajo estas bóvedas se ha cometido algun crimen, que pesa sobre la conciencia de cuantos le habitan. Apenas pongo los pies en él, desaparece á mis ojos el porvenir. Dios mio! Cuando le abandonaré!

*Jazmin.* (*Entregándole una tarjeta.*) Para el Sr. conde.

*Marency.* Para mí?— «Pablo Jones.»— No conozco á este hombre.

### ESCENA IV.

Dichos, PABLO.

*Pablo.* Soy yo, caballero.

*Marency.* (*Con altanería.*) Segun parece deseais hablarme sin tardanza.

*Pablo.* Os confieso, señor conde, que no doy poca importancia á la entrevista que no dudo vais á concederme.

*Marency.* Sabeis insinuar las cosas de tal modo, que ni aun dejais arbitrio para que se os puedan negar. Si ha de ser larga esta conferencia, servios tomar asiento.

*Pablo.* (*Sentándose sosegadamente.*) Con mucho gusto puesto que tengo que hablaros muy detenidamente.

*Marency.* Podéis empezar.

*Pablo.* Mandad que se retire ese criado.

*Marency.* (*A Jazmin.*) Déjanos. (*Vase Jazmin.*) (*A Pablo.*) Ahora, pues, y antes que demos principio á nuestra conversacion, espero saber con quien tengo el honor de estar hablando.

*Pablo.* Nada mas justo, caballero. Soy el capitan del

navío que ha transportado á Cayenne al jóven Lusianan.

*Marencey.* (*Mirándole fijamente.*) Es imposible!

*Pablo.* (*Sentado como antes y con desenfado.*) No me admira vuestra sorpresa, porque la penúltima vez que nos vimos fue en Brest, y entonces llevaba yo el pelo largo, negro y rizado, un disforme sombrero de paja y la blusa de marino, traje que desfigura sobremanera, y mucho mas si á este trage acompaña un acento breton muy marcado.

*Marencey.* Efectivamente, ahora recuerdo que debajo de ese ancho sombrero de que me hablais, relumbraban dos ojos iguales á los vuestros. Aquel capitan se daba el mismo nombre con que vos os habeis anunciado en mi casa; *Pablo.* (*Pablo le hace una cortesía.*) Pero esta, segun me habeis dicho, fue la penúltima vez que tuve el gusto de veros. Ayudadme á recordar cuando nos hemos encontrado despues, porque no lo tengo presente.

*Pablo.* La última, señor conde, ha sido hace ocho dias en un asalto de esgrima en casa del hijo del ministro de Marina. Alli era yo un oficial ingles, y me llamaban Pablo el marino. Tenia el pelo rubio, un uniforme encarnado y pantalon ceñido. Obtuve el honor de jugar las armas con vos, señor conde, y de clavaros tres botonazos antes de que vos pudierais tocarme.

*Marencey.* Sí, es verdad; ese era su mismo modo de mirar, y no obstante el personage no es el mismo.

*Pablo.* Eso consiste en que Dios ha querido que el hombre no pueda nunca desfigurar sus ojos, y por esto ha puesto en ellos un rayo de su luz. El capitan Pablo es el mismo que el marino ingles, y este el que se halla en vuestra presencia.

*Marencey.* Y hoy, quién quereis ser?

*Pablo.* Yo mismo. Porque hoy no existen ya razones para ocultarme.

*Marencey.*Cuál es pues el objeto de vuestra visita?

*Pablo.* Voy á decírosle. Hace dos años que paseándoos por la bahia de Brest, visteis entre sus innumerables navíos un brik de poco fondo, de altos mástiles, y digisteis para vos; «por fuerza el capitan de este

buque tiene motivos muy poderosos para comerciar con un barco que lleva tanta lona y tan poca madera.» Esto os hizo pensar que yo era un corsario, un pirata, un filibótero. Qué sé yo, lo que pensaríais?

*Marencey.* Me equivoqué?

*Pablo.* Despues lo sabreis. Vamos al caso. En esa suposicion bajasteis á bordo de mi navío, y en el entrepunte os encontrasteis con el capitan Pablo. Veníais encargado de un pliego del ministro de marina, que mandaba que cualquier oficial de travesía larga debia conducir á Cayenne, tan luego como recibiera aquel pliego, á un tal Lusiñan, reo de estado.

*Marencey.* Es cierto..

*Pablo.* Entonces obedecí porque navegaba bajo el pavelon de Francia, y no sabia (*El conde se levanta y acerca á Pablo.*) que Lusiñan no habia cometido otro delito que el de haber sido favorecido amante de la señorita Margarita de Auray, vuestra hermana.

*Marencey.* (*Poniéndole la mano sobre el hombro.*) Caballero!

*Pablo.* (*Levantándose y tomando con indiferencia una pistola.*) Señor conde, teneis un lindo par de pistolas.

*Marencey.* Y estan cargadas.

*Pablo.* Son ciertas de puntería?

*Marencey.* Si quereis que demos juntos un paseo, podremos hacer la prueba.

*Pablo.* Gracias, conde de Marencey; conozco la fábrica de donde han salido. Su autor es un armero alemán muy acreditado. El otro dia gané un par igual á Saint-Georges, coronel del regimiento de América. Apostó conmigo cortar doce balas sobre el filo de un cuchillo, que serviria de blanco. No erró ni una sola.

*Marencey.* Y entonces como habeis podido ganarle?

*Pablo.* Partiéndolas mas por el centro.

*Marencey.* No creais que por eso variaré la proposicion que acabo de haceros. Lo que prueba esa apuesta únicamente, es que sois certero tirador.

*Pablo.* (*Con tono indiferente.*) Qué quereis que suceda? Durante los largos dias de calma, cuando ningun soplo de viento riza ni empaña ese espejo de Dios que llamamos mar, nosotros los marinos aislados en nues-

tra soledad, tenemos que echar mano de los pasatiempos que se nos ofrecen. Entonces ejercitamos nuestra destreza contra las cansadas golondrinas que vienen á posarse en las arboladuras del navío, ó contra las paviotas de estendidas alas, cuyo chillido lastimero al revolar nos anuncia el soplo de la brisa. De este modo llegamos á ese grado de superioridad en unos ejercicios que á primera vista parecen tan ajenos de nuestra profesion.

*Marency.* (*Despues de un momento de silencio.*) Proseguid, caballero.

*Pablo.* Pues, como os decia, Lusiñan era un gallardo y valiente jóven. Me refirió su historia; de qué modo habia brotado en su alma aquel amor irresistible, profundo, impetuoso, como el de Paolo y Francesca, como el de Romeo y Julieta, y sus dulces coloquios amorosos con vuestra hermana, en que ella le repetia las mismas palabras de la jóven de Verona... «Tuya, tuya hasta la muerte!»

*Marency.* (*Con rabia.*) Demasiado fielmente le ha cumplido su palabra.

*Pablo.* Me contó sus desgraciados amores, puros como los de los ángeles; los proyectos que alimentaba en su imaginacion de hacerse un nombre (*Sonriéndose*) como el de Alejandro ó el de Dante, para ofrecerle á las plantas de la que adoraba, sus continuas y respetuosas instancias para con vuestra madre, las repulsas orgullosas de esta y vuestras sátiras amargas, que toleró como si en su pecho no latiese el corazón de un hombre. Me refirió sus lágrimas, su desconsuelo, su desesperacion cuando vuestra hermana le mandó, bañada en lloro, que abandonara la Bretaña, en aquella noche de despedida, de agonía, de lágrimas y suspiros.

*Marency.* Y de vergüenza!

*Pablo.* Asi lo parece á vuestros ojos. A vosotros, que os creéis hombres virtuosos, os dá vergüenza cuando una pobre criatura, á quien todo arrastra y fascina, y á quien nadie sostiene, se rinde á la edad, á la seduccion, al amor.—Pero no es verdad que no he olvidado ninguna de las circunstancias de esos amores?

*Marency.* Ninguna.

*Pablo.* Sin duda consiste en que sus protestas y juramentos estan consignados en estas cartas de vuestra hermana, que Lusiñan me dió en el momento en que iba á entregarse á la vida aventurera y errante de los asesinos y bandidos, encomendándome que las pudiese en manos de la misma que las habia escrito.

*Marency.* Dádmelas, y os prometo que serán fielmente devueltas á la persona que tuvo la imprudencia...

*Pablo.* De confesar sus penas al único sér que la amaba en la tierra. Hermana imprudente, que no hallando en su hermano apoyo contra el abandono de su padre y la tiranía de su madre, ha comprometido su familia, firmando con un apellido ilustre unas cartas, que pueden los que son nobles como vos;... ¿qué nombre dan á esto? manchar sus timbres: ¿no es verdad?

*Marency.* (Con impaciencia.) Puesto que conoceis la importancia de esos papeles, cumplid la mision que os han impuesto, entregándolos á mi hermana, ó á mi madre, ó bien á mí. (Alargando la mano.)

*Pablo.* Al desembarcar en Brest tenia esa intencion; pero por que tanto hará unos quince dias, entrando en una iglesia...

*Marency.* (Con ironía.) En una iglesia?

*Pablo.* Sí señor.

*Marency.* Con qué objeto?

*Pablo.* Para rogar á Dios.

*Marency.* El capitan Pablo cree en Dios? (Con ironía.)

*Pablo.* Caballero, si no tuviese yo fé, á quién invocaria en medio de las borrascas?

*Marency.* Acabad; en esa iglesia?...

*Pablo.* Oí á un sacerdote anunciar el próximo enlace del baron de Latour, con la noble Margarita de Auray.

*Marency.* Y qué encuentra en eso de extraordinario el capitan Pablo?

*Pablo.* Nada, señor conde. Pero confieso que al oír aquello, sentí nacer en mi alma un movimiento de compasion: parecióme que cuando todos olvidaban la suerte de Lusiñan, reducido á vivir entre bandidos, era digno de mí acordarme de él y hacer lo

posible por sacarle de tan vergonzoso estado. En la posicion en que os encontrais, y con arreglo á los planes de ambicion que creéis realizar con la alianza del baron de Latour, bien valen estas cartas 1000 libras, señor conde. Esta cantidad hará una brecha bien miserable en las rentas de medio millon de francos que constituyen vuestra fortuna.

*Marencey.* Y, quién me asegura que esas cien mil libras?...

*Pablo.* Estended una libranza á nombre de Lusiñan, y en cambio os entregaré las cartas.

*Marencey.* Puesto que todo ello quedaba reducido simple y sencillamente á un asunto de intereses que debíamos arreglar entre nosotros, hubiera deseado os escusárais la molestia de referirme tan cansada historia, empezando por donde habeis concluido; ó en una palabra, habiéndome enviado un escribano. La familia de Auray reserva todos los años para sus limosnas una suma doblemente cuantiosa que la que vos exigís. (*Se acerca á la mesa y escribe.*)

*Jazmin.* (*Entrando.*) Señor conde?

*Marencey.* No estoy visible para nadie; dejadnos.

*Jazmin.* Vuestra hermana...

*Marencey.* Que vuelva luego.

*Jazmin.* Me ha dicho que desea hablaros ahora mismo.

*Pablo.* Si os soy molesto volveré otro dia.

*Marencey.* Nada de eso, capitan Pablo: podemos dejar zanjado hoy mismo este asunto ya que hemos empezado. Voy á recibir á mi hermana, y como es absolutamente inútil el que os vea, hacedme el obsequio de pasar á este gabinete. Encontrareis una escogida biblioteca.

*Pablo.* Como gustéis, señor conde. (*Entra en el gabinete de la izquierda.*)

*Marencey.* (*A Jazmin.*) Decid que entre.

## ESCENA V.

MARENCEY. MARGARITA. PABLO *en el gabinete.*

*Marencey.* Daos priesa á decirme lo que quereis, Margarita, porque estoy muy ocupado en este momento.

*Margarita.* Ah! Marencey, en otros tiempos nos hu-

biéramos mutuamente estrechado en nuestros brazos, al volvernos á ver despues de dos meses de ausencia.  
*Marencey.* Sí, mas desde esa época han pasado tantas cosas entre nosotros.

*Margarita.* Qué sucesos pueden alterar la armonía de dos hijos de una misma madre? Quién puede separar la sangre de la sangre, el hermano de la hermana?

*Marencey.* Una falta.

*Margarita.* Cruel sois, hermano mio! Sabeis que no puedo implorar el favor de mi padre; que la presencia sola de mi madre me hace enmudecer y temblar; que vos sois mi única esperanza, y cuando me veis entrar, no como debiera hacerlo una hermana en la estancia de su hermano, no con alegres ojos ni la sonrisa en los labios, sino bañadas en lloro mis mejillas y con voz suplicante, no me diriges la palabra mas que para confundirme y humillarme mas.

*Marencey.* Qué es lo que quereis?

*Margarita.* Saber de vos si es cierto lo que se dice.

*Marencey.* El qué?

*Margarita.* Que mañana por la tarde...

*Marencey.* Acabad.

*Margarita.* El baron de Latour...

*Marencey.* Estará aqui. Es cierto.

*Margarita.* Ah! Dios mio!

*Marencey.* Yo creia que habiendo tenido la precaucion de anunciaros su llegada con dos meses de anticipacion, no os hubiera cogido de sorpresa esta noticia.

*Margarita.* Por muy inminente que sea el riesgo que nos amenaza, la esperanza nunca muere. Cuántos infelices han obtenido su perdon en las mismas gradas del cadalso. Hermano mio!

*Marencey.* Esplicaos.

*Margarita.* Aun no me comprendes? Ah! si el cielo hubiera puesto en mis manos escusarte un pesar como en las tuyas librarme á mí de una eterna desventura; si tú me hubieses suplicado, como yo; si bastase una palabra de mis labios, no para hacerte dichoso, no ya para labrar tu felicidad, sino para salvarte de la desesperacion, oh! con qué entusiasmo y reconocimiento hubiera yo bendecido al cielo al pronunciarla!

*Marency.* Este asunto no depende de mí. Es un asunto que interesa á mi padre, un proyecto decidido por la marquesa; una alianza indispensable para conservar el honor de nuestra casa.

*Margarita.* Un asunto que interesa á mi padre, dices? Pluguiera al cielo que él pudiese ambicionar alguna cosa! Infeliz padre mio! Pluguiera al cielo que yo muriese por complacerle! Un proyecto decidido por mi madre? Ah! el mismo que la ha hecho pensar en él, fácilmente conseguiria variar sus intenciones..... Una alianza indispensable al honor de nuestra familia? Por fortuna nuestra casa es bastante poderosa en nombre y riquezas, para que ya sea imposible ennoblecerla mas, ni aun con la alianza de un príncipe. No, no es nada de eso, Marency. Otras son las razones. Me habeis puesto en ajuste, me habeis vendido á cuenta de vuestra ambicion.— Me habeis dado en trueque vergonzoso por una cruz y por un grado, y al cerrar el ajuste habeis dicho: «Es una niña, y obedecerá: si se resiste su mismo apartamiento y sus desgracias serán las armas de que me valdré para anonadar sus deseos.» Pues bien, Marency; os habeis engañado. Precisamente mi desgracia me prestará energia, y en mi soledad y abandono encontraré valor y fuerza necesaria para resistirme.

*Marency.* Segun eso estais decidida á desobedecer á vuestra madre?

*Margarita.* La misma noche en que hablé por la última vez al hombre á quien nunca mas verán mis ojos, nos esperaba un sacerdote para enlazarnos. Lusiñan postrado á mis pies, loco, delirante, desesperado, me decia que no le amaba; yo me negué á seguirle por no desobedecer á mi madre; pero le hice juramento de que nadie mas que él tendria derecho á llamarme su esposa. Lo juré por la salvacion de mi alma y cumpliré mi promesa.

*Marency.* Con que os declarais abiertamente contra nuestros deseos.

*Margarita.* Confio en que Dios me dará fuerza para resistir.—Adios, hermano mio. Plegue al cielo seais mas dichoso que vuestra desgraciada hermana.

*Marencey.* (*Mirándola retirarse.*) Adios, débil junco, que te juzgas encina gigantesca. Oh! cuando la ira de mi madre se desplome sobre tí, inclinarás la frente, y doblarás sumisa las rodillas. (*Viendo al capitán Pablo á la puerta de la biblioteca.*) Ah! sois vos, capitán, sacad las cartas; voy á estenderos la obligacion que me pediais. (*Se dirige á la mesa.*)

*Pablo.* Ya es inutil, señor conde.

*Marencey.* Y por qué? (*Con viveza.*)

*Pablo.* Porque tomo á mi cuenta velar por la suerte de Lusñan, y le proporcionaré dinero al propio tiempo que me encargo de buscar marido á vuestra hermana.

*Marencey.* Vos! Y quién sois vos para disponer de mi familia? (*Acercándose á él con ímpetu.*)

*Pablo.* Quién soy? (*Apartándose.*) Mañana os lo diré, porque yo mismo no lo sabré hasta esta tarde.

*Marencey.* Y me dais vuestra palabra de que nos veremos mañana. (*Deteniéndole por el brazo.*)

*Pablo.* Os lo prometo bajo palabra de honor. (*Vase.*)

*Marencey.* Está bien. (*Solo.*) Lo que yo veo aqui como indudable, es que este hombre y yo tendremos que acabar á tiros.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

Habitacion de Luis Bremont, á doscientos pasos del castillo de Auray: puerta al foro, por la cual se ven los árboles del parque: una ventana á la derecha; á la izquierda una puerta que conduce á otro cuarto.

### ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA. BREMONT.

*(Al correrse el telon aparece la marquesa cubierta con un velo negro y sentada junto á una mesa, en ademán pensativo: tiene delante una biblia abierta. Bremont sale á poco tiempo, y al ver á la marquesa se dirige á hablarla.)*

*Bremont.* Señora marquesa?

*Marquesa.* *(Levantando la cabeza.)* Sois vos, Bremont? Hace media hora que os estaba esperando. Dónde os hallabais?

*Bremont.* Si mi señora la marquesa se hubiese tomado la molestia de andar cincuenta pasos mas, me hubiera encontrado á la entrada del parque, debajo de la encina grande.

*Marquesa.* Ya sabeis que nunca me dirijo hácia ese lado.

*Bremont.* Y haceis mal, señora. Hay en el cielo un alma que tiene derecho á nuestras plegarias, y que sin duda se admira de no escuchar sino las oraciones del pobre Bremont.

*Marquesa.* Y quién os ha dicho que yo no rezo á mis solas, ni qué os ha hecho suponer que puedan reclamar los difuntos el que esté uno eternamente prosternado sobre sus tumbas?

*Bremont.* Nada, pero creo sin embargo, que si alguna parte de nosotros nos sobrevive en la tierra, esta

parte se estremece de placer al rumor de las pisadas de las personas que amaba en el mundo durante la vida.

*Marquesa.* Y si ese amor hubiese sido un amor criminal?

*Bremont.* Juzgais que no bastan para espiarle la muerte y la sangre? Dios es un juez en extremo justiciero para no ser despues un padre amoroso.

*Marquesa.* Sí, Dios perdona sin duda, porque es un ser omnipotente, un ser misericordioso; pero, os figurais que si el mundo supiera lo que el cielo, perdonaria jamás?

*Bremont.* El mundo! gran palabra es esa que acaba de salir de vuestra boca: el mundo! A ese ídolo es á quien todo lo habeis sacrificado por orgullo; pasiones de enamorada, afectos de esposa, sentimientos de madre. El mundo! El es el que os obliga hoy á vestiros de luto; esperando ocultar sin duda de ese modo vuestros remordimientos, y no habeis esperado inútilmente, porque el mundo los ha calificado de virtudes.

*Marquesa.* (*Levantándose.*) Hablais en nombre de los demas con tanta acrimonia, que me hace temer alguna reconvencion de vuestra parte. Bremont, he faltado por ventura á algunas de las atenciones que juzgo se os deben? Los criados que os sirven por orden mia, os han negado el respeto y la consideracion que les tengo encomendado? Hablad. Ya sabeis que una sola palabra vuestra...

*Bremont.* Perdonad, señora; la tristeza y no el resentimiento me hace esplicar en estos términos. Es efecto del retiro y de la ancianidad. No ignorais lo que es ver exasperarse nuestros pensamientos sobre una conciencia que los está amargando: lo que es derramar lágrimas que vuelven á caer sobre nuestro corazon: no, despues de que movida por un sentimiento de piedad á que os estoy reconocido, sin que pretenda profundizar su origen, os habeis encargado de vigilar para que nada falte á mis necesidades, ni un solo dia habeis echado en olvido vuestro propósito; y yo, á semejanza del viejo profeta, he visto muchas veces venir un ángel por mensajero.

*Marquesa.* Sí, ya sé que Margarita acompaña á menudo al criado que os sirve, y he observado con alegría los desvelos que por vos se toma.

*Bremont.* Por mi parte tampoco creo haber faltado á mis deberes. Hace veinte años vivo lejos de los hombres; he alejado de esta cabaña á toda criatura humana, temiendo por vos el delirio de mis horas de fiebre y las palabras que se escapan entre sueños.

*Marquesa.* El secreto ha sido guardado fielmente, y esta es una razon mas para que tema que se pierda en un dia el fruto de veinte años, mas lúgubres aun, mas solitarios y terribles que los vuestros. Nadie sospecha esta terrible historia; pero cuánto me ha costado! Vos no os podeis imaginar lo que es estar en vela al cuidado de un demente, que si logra por un instante una ráfaga de razon, es solo para acriminarme mis faltas, y cuando recae en su locura, repite cien veces al dia aquellas palabras con que sin duda tambien el dia del juicio me despertará en mi sepulcro el ángel del Señor.

*Bremont.* Y que yo tambien oiré; porque tambien estaba á su lado cuando aquel desventurado espiró pronunciándolas.

*Marquesa.* Estas son mis penas como esposa. Luego vivir separada de mis hijos por alejarlos de su padre; mis hijos, que me conocen solo por el horror que les inspiro; mis hijos, que cuando les ofrezco mis brazos se postran á mis pies, llamándome señora; hé aqui lo que sufro como madre.

*Bremont.* Pero no os acordais de alguno que ignora que sois su madre?

*Marquesa.* (*Estremeciéndose.*) Bremont!

*Bremont.* No es cierto que habeis temblado muchas veces al imaginaros, que existe un hombre que pudiera un dia pedirme cuenta de ese secreto que tanto os ha costado reservar, y que yo no podria ocultarle. Ah! pero tranquilizaos: ya sabeis que desde la edad de quince años se fugó del colegio de Escocia, en donde se educaba, y desde entonces no hemos vuelto á saber de él: habrá olvidado la carta de su padre y perdido la señal con que debia darse á conocer, ó acaso, y es lo mas probable, no existe ya.

*Marquesa.* Bremont, cruel sois en hablar de ese modo á una madre. No podré yo vivir tranquila si mi hijo existe? Por ventura, un secreto que ignoró veinte años, será tan importante á los veinte y cinco, que no pueda vivir ya si no se le revela? Bremont, amigo mio, ¿no pudiera decirsele que su madre voló á la eternidad á unirse con el autor de sus dias, pero que al morir le ha encomendado al cuidado de la marquesa de Auray, quien será para él otra madre.

*Bremont.* Sí, vos teneis entereza suficiente para decirle todo eso; sabríais decirselo con acento firme y seguro, con ojos enjutos y serenos y con tranquilo corazon; podríais hablar con él sin que involuntariamente saliesen de vuestra boca estas palabras al verle: «Hijo mio.» Y sin embargo, es el hijo de un hombre á quien habeis amado, hasta el punto de olvidaros de vuestros deberes, y hace ya veinte años que no habeis podido llamarle hijo ni estrecharle contra vuestro corazon. Vos sois dueña de vuestras pasiones y sentimientos; pero yo, infeliz de mí, si llegase á verle, solo tendria fuézas para lanzarme á sus brazos, y estrechándole con los míos, decirle: «Enrique! querido Enrique!»

*Marquesa.* Ah! Es que vos no teneis nada que ocultar, y por lo mismo, Bremont, solo he venido aqui para hablaros de este asunto; para pedir os que tengais compasion de mí.

*Bremont.* Tan leal como he sido en guardar las promesas que hice á la marquesa de Auray, seré en cumplir lo prometido al conde de Morlaix. El dia en que su hijo, que es el vuestro, me presente la prenda por la que deba reconocerle, y exija de mí que le descubra el secreto de su nacimiento, se lo descubriré al instante, señora. En cuanto á los papeles que lo comprueban, ya sabeis que no deben serle entregados sino despues de la muerte de vuestro esposo. El secreto está aqui (*Señalando á su corazon.*): ningun poder en el mundo puede impedir que lo declare ni arrebatármele tampoco. Tengo escondidos los papeles en un armario á la cabecera de mi lecho, y la llave va siempre conmigo: solo

un robo ó un asesinato pueden quitármelos.

*Marquesa.* Pero podeis morir antes que el marques: ¿qué sería entonces de esos papeles?

*Bremont.* El sacerdote que me asista en la agonía los recibirá bajo el secreto de la confesion.

*Marquesa.* De suerte que la cadena de mis padecimientos se prolongará hasta mi muerte, y el último anillo será el que cierre mi ataúd? Solo existe en el mundo un hombre, al cual, ni súplicas, ni suspiros, ni dádivas, pueden ablandarle ó vencerle, y ese cabalmente le coloca el cielo en medio de mi camino, como un peñasco contra el cual la tormenta me repele hasta destrozarme. De tí depende mi secreto: tú puedes disponer de él á tu albedrío: tú eres el señor y yo la esclava. Adios.

*Bremont.* Señora Marquesa, si gustais os acompañaré hasta el castillo.

*Marquesa.* Gracias. (*Vase.*)

## ESCENA II.

BREMONT *solo.*

*Bremont.* Sí, marquesa, sí; teneis un corazon insensible á todo otro temor, que á ese que el cielo ha legado á vuestro corazon, para que ocupe el lugar de los remordimientos; pero reemplaza cumplidamente á todos los demas, y comprais harto caro el título de virtuosa. La virtud de la marquesa de Auray está tan bien asentada, que si la verdad apareciese del fondo de la tierra, ó descendiese de las nubes, estoy persuadido de que la calificarían de impostura. En fin, Dios todo lo puede, y lo que hace está escrito en su sabiduría eterna largo tiempo antes de suceder.

## ESCENA III.

BREMONT y PABLO, *que viene de fuera.*

*Pablo.* Bien dicho, anciano. Hay mas nobleza en la resignacion que calla, que en la filosofía que duda. Verdad es esta que hubiera yo deseado, para fortu-

na mia, tener menos pronta en los labios y mas arraigada en el corazon.

*Bremont.* Caballero, no os conozco; ¿quién sois?

*Pablo.* Por ahora soy un hijo de la república de Platon, y tengo por hermanos á toda la generacion de los hombres; por patria el mundo, y por toda vivienda á la luz del dia el lecho que yo mismo me fabrico.

*Bremont.* Y qué es lo que quereis?

*Pablo.* Busco á veinte leguas de Brest y á doscientos pasos del castillo de Auray, una cabaña que se parece extraordinariamente á esta, y un anciano que pudiérais ser vos.

*Bremont.* Cómo se llama ese anciano?

*Pablo.* Luis Bremont.

*Bremont.* No os habeis equivocado; soy yo.

*Pablo.* (*Quitándose el sombrero.*) La bendicion del cielo caiga sobre vuestros cabellos blancos; aqui teneis una carta de mi padre, á lo que creo, en la que os llama hombre honrado.

*Bremont.* (*Conmovido.*) Y esa carta no encierra dentro nada?

*Pablo.* Sí por cierto; como la mitad de una moneda de oro, cuyo resto debeis tener vos.

*Bremont.* (*Alargando la mano y cogiendo maquinalmente el pedazo de oro y la carta.*) Sí, sí, esto es; y aun mas que esto me haria reconocerle su extraordinaria semejanza. Hijo! Oh! Dios mio! Dios mio!

*Pablo.* Qué teneis?

*Bremont.* Ah! vos no sabeis que sois el retrato de vuestro padre, y que á vuestro padre le queria hasta el extremo de prodigar por él mi sangre, mi vida, como lo haria por tí ¡oh jóven! si me la pidieses.

*Pablo.* Abrazadme entonces, amigo mio, porque la cadena de los afectos no ha podido romperse entre el sepulcro y la cuna; y cualquiera que fuese la fisonomia de mi padre, sino se necesita para parecersele mas que una conciencia pura, un valor á toda prueba, y una frente que ante ninguna se doblegue; vos lo habeis dicho, soy el vivo retrato de mi padre mas en el alma que en el semblante.

*Bremont. (Mirándole.)* Sí, vuestro padre era lo mismo, la misma altivez en la cara y el mismo fuego en sus ojos. Ah! noble jóven, por qué no he llegado á verte antes? Hay horas tan sombrías en mi existencia que acaso tu hubieras logrado dorarlas y esclarecerlas.

*Pablo.* Por qué? porque esta carta me advertia viniese á encontraros al cumplir los 25 años, y acabo de cumplirlos hace una hora.

*Bremont.* Han pasado ya 25 años y me parece que fue ayer cuando nacistes en esta choza, y abristes los ojos á la luz en esta misma estancia!

*Pablo.* Yo he vivido aqui hasta la edad de cuatro años, no es verdad?

*Bremont.* Sí.

*Pablo.* Ah! Dejadme que me vaya acordando, porque se me figura que yo he visto este aposento en mis sueños. Sí es este, debe tener una cama con cortinages verdes?

*Bremont.* Sí.

*Pablo.* Un crucifijo de marfil á la cabecera?

*Bremont.* Sí.

*Pablo.* Y en frente un armario con libros, entre otros una gran biblia con láminas.

*Bremont.* Mírala.

*Pablo.* Esta es, esta es; habia ademas una ventana desde donde se distinguia el mar... una isla.

*Bremont.* La de Noirmoutiers.

*Pablo.* Ah! solo, solo; dejadme solo un momento. Necesito estar solo y llorar por la primera vez de mi vida. (*Precipitándose dentro del cuarto.*)

*Bremont.* Bravo! Tiene un buen corazon. Dios mio, bendito seas.

*Pablo. (Volviendo á salir.)* Alli era, alli mismo. Por qué esconderme para llorar? Por qué ocultar lo que pasa por mí? Anciano, mírame. Yo he visto las borrascas hacer botar mi bagel, y he conocido que no era mayor peso, para la impetuosidad de los huracanes, que para la brisa de la tarde una debil hoja seca y desprendida. He visto caer los hombres en derredor mio como las espigas bajo la hoz del segador: he escuchado los gritos de angustia y de muerte que exhalaban los mismos con quienes el dia antes

habia celebrado un banquete, y para recibir su postrimer suspiro; he cruzado por entre una granizada de metralla y balas sobre un terreno en que la sangre hacia resbalar mis pasos. Pero este cuarto, del cual conservaba yo religiosamente un recuerdo de veneracion, este cuarto donde he recibido las caricias de un padre que nunca tornaré á ver, de una madre acaso, que para siempre se negará á abrazarme, este cuarto es una cosa sagrada como la cuna en donde pasaron nuestros primeros años, como el sepulcro de nuestros padres: necesito llorar porque sino llorase me abogaria el dolor.

*Bremont.* Sí, tienes razon, es un sepulcro y una cuna al mismo tiempo, porque aqui naciste, y aqui mismo recibiste los últimos suspiros de tu moribundo padre.

*Pablo.* Con que ha muerto?... y salieron ciertos mis presentimientos?

*Bremont.* Sí, ha muerto.

*Pablo.* Cuéntame como ha sido.

*Bremont.* Nada sabré ocultaros.

*Pablo.* Aguarda un instante anciano. Ahora me faltaria valor para escucharte. Concédeme algunos momentos para serenarme. (*Abre la ventana.*) Qué espectáculo tan hermoso es una tarde de otoño cuando el sol vá á sepultarse en los mares! Su aspecto es magestuoso como Dios, grande como su eternidad. Ningun hombre que haya admirado este espectáculo imponente puede tener miedo á la muerte. Mi padre habrá muerto con valor, no es verdad?

*Bremont.* Sí, pardiez.

*Pablo.* Aunque yo apenas contaba cuatro años, creo estarle aun viendo, como la última vez que estampó su beso paternal en mi frente.

*Bremont.* Era un apuesto joven como vos, y precisamente de vuestra misma edad entonces.

*Pablo.* Cómo se llamaba?

*Bremont.* El conde de Morlaix.

*Pablo.* Es un nombre de distincion entre los títulos ilustres de la Bretaña: ¿y mi madre?

*Bremont.* Vuestra madre?... la marquesa de Auray.

*Pablo.* (*Levantándose repentinamente.*) Qué dices?

*Bremont.* La verdad.

*Pablo.* Por Jesucristo!

*Bremont.* Lo juro por su sangre.

*Pablo.* Es decir que el conde de Marencey y Margarita son hermanos míos?

*Bremont.* Los conocéis ya?...

*Pablo.* Razon tenias, anciano. Para Dios no hay imposibles, y lo que permite que suceda, está escrito en su sabiduría largos años antes. (*Se deja caer en un sillón ocultando el rostro entre las manos.*)

*Bremont.* Vuestro padre y la marquesa estaban desposados desde niños: ignoro qué resentimientos indispusieron las dos familias separándolas entre sí. El conde de Morlaix partió con dirección á Santo Domingo, donde su padre conservaba una casa. Yo le acompañé porque era hijo de su misma nodriza, habia tenido los mismos estudios que él, me llamaba hermano, y era tambien el único que tenia presente la barrera distante que ponía entre nosotros su nacimiento.

*Pablo.* Escelente hombre! (*Aparte.*)

*Bremont.* Pasados dos años volvió y halló casada con otro á la que tanto habia adorado. Pero el marques llamado á París para desempeñar el destino que ejercia al lado de Luis XV, se habia visto precisado á dejar á su joven esposa, demasiado decaida y enferma para poderle acompañar, en la antigua fortaleza de Auray, cuyos torreones se distinguen desde aquí. (*Pablo levanta poco á poco la cabeza y da á entender que los vé.*) Con respecto á mí, durante este viage, mi padre habia muerto y me habia dejado en herencia esta casita y el terreno que la circuye, de todo lo cual tomé entonces posesion.

*Pablo.* Prosigue.

*Bremont.* Una noche, ya han pasado 25 años desde aquella noche, llamaron á esa puerta; abrí y entró vuestro padre, trayendo en sus brazos una muger cubierta la cara con un velo. «Luis, me dijo, vas á hacerme un servicio mas grande que el de salvar mi vida y mi honor. Vas á salvar la honra y la existencia de la que adoro. Monta en un caballo, vuela á la ciudad, y procura estar de vuelta con un mé-

dico antes que pase una hora.» Obedecí.—El facultativo entró en esta habitacion de la cual salió despues vuestro padre, llevando en sus brazos y siempre cubierta aquella misteriosa muger, á quien debisteis el ser.

*Pablo.* Y cómo supiste que era la marquesa de Auray?

*Bremont.* Prometí á vuestro padre teneros conmigo; aceptó mis ofertas, y de tiempo en tiempo venia á pasar algunas horas á vuestro lado.

*Pablo.* El solo?

*Bremont.* Siempre. Únicamente cuando paseabais por el parque y os encontraba la marquesa, os hacia señas para que corriéscis á su encuentro, y os abrazaba como á cualquier otro niño á quien se hacen caricias por ser hermoso.—Cuatro años pasaron de este modo.—A poco tiempo de haber espirado los cuatro años llamaron otra noche á esta misma puerta: era tambien vuestro padre. Parecia mas sereno, pero mas taciturno, mas triste y sombrío que la vez primera. «Luis, me dijo, estoy desafiado con el marques de Auray para mañana al amanecer, es un duelo á muerte, y que segun hemos convenido tú solo presenciárs como testigo; concédeme pues hospitalidad por esta noche, y dame avios de escribir.» Le obedecí.—En seguida se sentó junto á esa mesa, en esa misma silla en que ahora estais. (*Pablo se levanta.*) y pasó la noche velando.—Apenas rayó el alba entró en mi cuarto y me encontró ya dispuesto porque yo tampoco me habia acostado. Vos solo erais el que dormiais tranquilamente en vuestra cuna.

*Pablo.* Y luego?

*Bremont.* Vuestro padre os miró tristemente, y exclamó: «Éseucha, Bremont: si yo muero, como podrian acontecer mil desgracias á este niño, cuidarás de enviarle á Fild, mi ayuda de cámara, con esta carta. El ha quedado encargado de trasportarle á Escocia y depositarle en personas de confianza. Cuando cumpla 25 años, se presentará á tí con la otra mitad de esta pieza de oro, te preguntará el secreto de su nacimiento y se le revelará. En cuanto á estos papeles, no los pondrás en su poder sino despues del fallecimiento del marques.» Despues añadió: —«Ya que todo está prevenido parta-

mos.»—Se acercó entonces á vuestra cama, se inclinó para daros un beso, y aunque era todo un hombre, vi correr sobre vuestra mejilla una lágrima de sus ojos.

*Pablo.* Acaba. *(Con voz ahogada.)*

*Bremont.* Aquella lágrima os hizo despertar, y le echasteis las manos al cuello gritándole; adios, padre mio!

*Pablo.* Mil veces he reflexionado que la infancia tiene presentimientos. La ancianidad y la niñez están cerca de Dios.

*Bremont.* La cita era á cien pasos de aquí, en una de las calles del parque. Cuando llegamos se hallaba allí ya el marques; á su lado y sobre un banco estaban las pistolas cargadas: los dos rivales se saludaron sin hablarse. El marques señaló con la mano las armas, y cada cual cogió la suya. Colocáronse los dos á distancia de treinta pasos, y empezaron á andar de frente hasta encontrarse. Os aseguro que aquel momento en que yo observaba estrecharse y disminuirse el terreno entre los dos hombres, fue horroroso para mí! A distancia de diez pasos se detuvo el marques y disparó. Yo estaba mirando á vuestro padre; ningun nervio de su frente se contrajo; prosiguió marchando hácia el marques, hasta apoyarle la pistola sobre el corazon.

*Pablo.* Pero... no le mató, no es verdad?

*Bremont.* Le dijo: «Soy dueño de vuestra vida, puedo quitárosla, pero quiero que vivais para que me perdoneis como yo os perdono, y...» cayó muerto al acabar estas palabras. La bala del marques le había atravesado el pecho.

*Pablo.* Ah! padre mio! Padre mio.... Y ese hombre vive, no es verdad? y yo podré satisfacer mi venganza en él? No es verdad que vive? Irémos á buscarle y tú le dirás, miradle; este es su hijo, su hijo, y os teneis que batir con él.

*Bremont.* El cielo ha tomado á su cuenta el vengaros; ese hombre está loco.

*Pablo.* Es verdad; lo habia olvidado.

*Bremont.* Y en sus arrebatos, eternamente se le representa aquella terrible escena, y cien veces por dia repite las palabras de muerte que le dirigió vuestro padre.

*Pablo.* Y por eso sin duda no le deja solo un instante la marquesa.

*Bremont.* Sí, y por la misma razon aleja á sus hijos del lado de su padre, bajo pretesto de que el marques no quiere verlos.

*Pablo.* Pobre hermana mia! Y ahora quiere sacrificarla haciéndola casar á su despecho con ese miserable Latour?

*Bremont.* Sí, porque ese miserable Latour llevará á Paris á su esposa, alcanzará el mando de un regimiento de dragones para su hermano, y la marquesa no tendrá que temer ya la presencia de sus hijos. Su secreto queda entonces entre dos ancianos, que mañana, esta noche misma tal vez pueden fallécer, y la viuda de Auray, modelo de amor maternal y de conyugal virtud, les sobrevivirá gozando del respeto y de la consideracion de los hombres.

*Pablo.* Ah! Crees tú que mi madre....

*Bremont.* Perdonad; he dicho mal, yo nada creo. Olvidad mis palabras. Muy en breve quizas podreis juzgar por vos mismo de lo que os he referido.

*Pablo.* (Mirando por la ventana.) Silencio, alguien se acerca.

*Bremont.* Es un criado del castillo.

*Pablo.* Margarita le acompaña. Margarita! mi hermana! Déjame solo con ella, deseo tanto hablarla!

*Bremont.* Pensad que vuestro secreto es el de vuestra madre.

*Pablo.* Tranquilízate. La hablaré únicamente del que la pertenece. (Vase Bremont.) Pobre jóven! ahora conozco que el interes que yo sentia cuando te vi ayer, era efecto de mi cariño, de hermanô.....

#### ESCENÁ IV.

PABLO. MARGARITA. ROBERTO.

*Margarita.* Está bien, Roberto; dejad aqui esas provisiones y esperadme en la puerta del parque... Caballero, disimulad, pensaba que estaria aqui Luis Bremont.

*Pablo.* En ese cuarto.

*Margarita.* (Entrando.) Muchas gracias.

## ESCENA V.

PABLO *solo.*

Triste de mi! abandonado y solo! como me contendré para no estrecharla entre mis brazos, para no decir-la «Margarita, ninguna muger me ha tenido amor, concédeme tú el tuyo de hermana, hijo soy de tu misma madre.» — Oh! madre mia, al privarme de vuestro cariño, me habeis privado de la ternura de este angel. El cielo os conceda en la otra vida la felicidad que á vos y á nosotros todos nos habeis quitado en este mundo.

## ESCENA VI.

MARGARITA. PABLO.

*Margarita.* Quedad con Dios, Bremont. (*Desde la puerta que divide los dos aposentos.*) He querido venir yo misma porque quien sabe cuando volveré á veros ahora. (*Se dirige á la puerta del fondo.*)

*Pablo.* Margarita. (*Margarita se vuelve como admirada, pero sigue dirigiéndose á la puerta.*) Margarita; ¿no me ois?

*Margarita.* Caballero, aunque es cierto que habeis pronunciado mi nombre, como no os conocia no podia figurarme que...

*Pablo.* Pero yo os conozco y sé que sois desventurada; sé que no hay un corazon que quiera tomar parte en vuestros males ni una mano que os preste su apoyo.

*Margarita.* Olvidais, señor, que hay un Dios en los cielos.

*Pablo.* Lejos de eso, yo me creo su mensagero.... Margarita, si yo os repitiese que soy vuestro amigo, vuestro amigo mas sincero, qué dirias entonces?

*Margarita.* Os preguntaria qué pruebas podiais darme de esa amistad fiel y desinteresada.

*Pablo.* Una.

*Margarita.* Y cuál?

*Pablo.* Irrecusable.

*Margarita.* Oh! entonces.... (*Con esperanza.*)

*Pablo.* Llevais en el brazo izquierdo un brazalete.

*Margarita.* Qué decis?

*Pablo.* El cual se cierra con una cadenita, cuya llave guardais oculta en una sortija.

*Margarita.* Dios mio!

*Pablo.* Y existe un hombre á quien habeis jurado en una noche de desesperacion y despedida que hasta tanto que no os fuese entregada esa sortija....

*Margarita.* Seria suya ó de nadie?

*Pablo.* Reconoceis este anillo?

*Margarita.* Cielos!... Ha muerto?

*Pablo.* Vive y os ama.

*Margarita.* Entonces cómo se halla en vuestro poder esta sortija?

*Pablo.* Desterrado, proscrito, ha creido que por delicadeza al menos, debia dejaros la libertad de que dispusierais de vuestro corazon.

*Margarita.* Pero yo no puedo recibir esa sortija; él lo sabia y sin duda espera que se la volvais.

*Pablo.* Sois un angel, Margarita.

*Margarita.* Decidme, le habeis visto?

*Pablo.* Fui comisionado para conducirlo á Cayenne. Durante la travesia me lo contó todo; y cuando vi que se me habia hecho servir de agente de la venganza y no de la justicia, me juzgué predestinado por el cielo para constituirme juez de los jueces. Lusiñan está desterrado, pero libre, y se halla en Nueva York esperando los resultados del influjo de sus amigos en la corte.

*Margarita.* Y esperais obtener su perdon?

*Pablo.* Aun mas tengo ya conseguido.

*Margarita.* Entonces dejadme abrazar vuestras rodillas.

*Pablo.* Venid á mis brazos, Margarita; si tuviese una hermana pediria al cielo, que se os pareciese en todo.

*Margarita.* Tendriais una hermana bien desgraciada.

*Pablo.* Es posible!

*Margarita.* Oh! vos no sabeis cuanta es mi desgracia.

*Pablo.* Confiadme vuestras penas.

*Margarita.* El baron de Latour llegará de un momento á otro.

*Pablo.* Lo sé.

*Margarita.* Esta noche se firmará el contrato.

*Pablo.* Y le firmareis?

*Margarita.* Me obligarán á ello.

*Pablo.* No os sentis con fuerza para resistiros?

*Margarita.* Me siento con valor para morir.

*Pablo.* Pobre jóven!

*Margarita.* A quién quereis que me dirija? A quién imploraré? A mi hermano? Sabe Dios que le perdono, pero no comprende mi alma. A mi madre? Ah! no la conocéis vos! su virtud es austera, su voluntad invariable, y cuando una vez dice «yo lo mando,» inútiles son las súplicas y las lágrimas. Mi padre está demente, ha perdido el juicio, y con él todos los sentimientos de padre. Hace diez años que no le he visto, diez años que no estrecho sus trémulas manos. Ni aun él mismo sabe si tiene un alma, si tiene una hija. No me conocería, no, y si por ventura llegase á tener compasion de mí, mi madre le pondria la pluma entre los dedos diciéndole «firmad, yo lo mando», y el pobre anciano firmaria la sentencia de muerte de Margarita.

*Pablo.* No desesperéis aun; yo me hallaré presente al formalizar el contrato.

*Margarita.* Y quién os dará entrada en el castillo?

*Pablo.* Tengo un medio de que valerme.

*Margarita.* Reparad que mi hermano es valiente, arrojado, su ambicion le presenta un porvenir si se realiza mi enlace.

*Pablo.* Vuestro hermano me es tan sagrado como vos misma. Nada temais. Pero qué pensais decir á Lattour?

*Margarita.* Le pediré una entrevista.

*Pablo.* Para qué?

*Margarita.* Para declarárselo todo.

*Pablo.* Bien; buscad una ocasion de hacerme saber el resultado de esa entrevista. Hasta entonces, á Dios.

*Margarita.* A Dios, hombre bondadoso, á quien no sé qué nombre dar.

*Pablo.* Llamadme hermano.

*Margarita.* Pues bien. A Dios, hermano mio.

*Pablo.* A Dios, querida hermana: tú eres la primera que me ha dado tan dulce nombre. Dios te lo recompense, hermana mia. (*Vase Margarita y Pablo llama.*) Bremont. (*Sale Bremont.*) Ahora date prisa y condúceme á la tumba de mi padre.

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del primer acto; las bugías de los candelabros colocados encima de la chimenea estarán encendidas.

### ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE MARENCEY. EL BARON DE LATOUR.

*Marencey.* Permitid, querido baron, que os haga los debidos honores á vuestra entrada en el feudal castillo de mis antepasados; su arquitectura remonta hasta los tiempos del buen rey Felipe Augusto, y en cuanto á muebles y adornos recuerdan, segun veis, el reinado de Enrique IV.

*Latour.* Es por mi fé una soberbia fortaleza, que espere á tres leguas á la redonda un olor de baronía capaz de embalsamar á un proveedor. Os ruego que me presteis esta alhaja si alguna vez se me ocurren antojos de rebelarme contra S. M. Pero no habeis de escluir la guarnicion. (*Señalando á los cuadros.*)

*Marencey.* Treinta y tres cuarteles, nada menos: la familia trae su origen de un caballero apellidado Hugo de Auray que acompañó á Luis VII en las cruzadas; descende en seguida á mi tia Debora, reverendísima señora, que estais viendo abí vestida de pastorella inocente, con su cayado en la mano, un nido de pajaros-moscas en la cabeza y un falderillo encima de las rodillas; por último, esta ilustre progenie vá sucediéndose sin interrupcion, de varon en varon hasta el último miembro de ella; Manuel de Auray, vuestro muy humilde y afectuosísimo siervo.

*Latour.* Hombre respetable.

*Marencey.* Pero que no se siente con ánimo bastante para pasar tan patriarcal vida con semejante compañía; por lo cual espero que ya habreis buscado

medio de sacarme de esta huronera, no es verdad, baron?

*Latour.* Pensaba haberos traído yo mismo el despacho de coronel de dragones de la reina; tuve noticia de su vacante, y ya habia dado algunos pasos para solicitarla, cuando supe que habia sido provista á petición de no sé qué almirante misterioso, pirata ó corsario, que S. M. tiene en grande aprecio porque ha derrotado á los ingleses en White-Haven, despues de haber tomado el fuerte por asalto y haberles apresado un buque en las costas de Irlanda. El rey le ha concedido por esas dos proezas la condecoracion de la orden del mérito militar, y le ha regalado una espada con la guarnicion de oro; ni mas ni menos que pudiera haber hecho con un noble. En fin, ese ya es negocio imposible; veremos si se presenta alguna cosa mejor.

*Marencey.* Y la cruz?

*Latour.* Oh! es diferente; las cruces andan por el suelo; no hay mas que pedir las, y M. de Vaudreil me ha dado su palabra de que la tendreis sin necesidad de pretenderla.

*Marencey.* Eso es lo esencial, porque en cuanto al arma me es indiferente; lo que yo quiero es un grado que venga bien con mi nombre.

*Latour.* Asi me gusta.

*Marencey.* Y cómo habeis salido de vuestros compromisos?

*Latour.* Diceindo la verdad; he dado parte á todo el mundo de que me casaba.

*Marencey.* Valor ha sido; sobre todo si habeis dicho que ibais á buscar muger en lo mas recóndito de la Bretaña.

*Latour.* Nuestras nobilísimas señoras de la corte creen que el sol sale en Paris y se pone en Versailles; lo demas de la Francia es para ellas la Laponia ó la Groelandia; de suerte que están figurándose que la muger que voy á llevar de aqui será algun ser viviente de especie desconocida, con pies y manos monstruosos... pero se engañan de medio á medio; no es verdad, Marencey? Si no recuerdo mal me habeis dicho todo lo contrario de vuestra hermana...

*Marencey.* Vos mismo juzgareis en breve , pues vais á verla....

*Latour.* Qué chasco se llevarán todas ellas; sobre todo la pobre madama de Chaulnes... (*Volviéndose.*) Quién viene?

*Jazmin.* (*Al baron.*) La señorita Margarita de Auray desea poder decir dos palabras en secreto al baron de Latour.

*Latour.* A mí? Con mucho gusto.

*Marencey.* Sin duda venís equivocado, Jazmin; eso no puede ser.

*Jazmin.* Puedo asegurar al señor conde que es esa exactamente la orden que he recibido.

*Marencey.* Qué ridiculez! Baron , no hagais caso de esa impertinencia.

*Latour.* Y por qué? Venís echándola ahora de hermano del tiempo del rey Luis onceno?— Jazmin!, decid á la hermosa Margarita que estoy á sus pies ó á sus órdenes, como ella guste. Y vos, conde, espero que no os opondeis á que vea y hable á vuestra hermana. Yo , por desgracia , no soy príncipe ni infante , para casarme por retrato ó embajada; deseo ver á la que en breve será mi esposa... A menos que tenga alguna deformidad y querais ocultármelo.

*Marencey.* Eh! Nada de eso. Cuando os digo que es linda como un angel.

*Latour.* Pues entonces , qué os detiene...? Dejadnos... y vos , Jazmin , pasad recado. (*Vase el conde.*)

## ESCENA II.

EL BARON DE LATOUR. MARGARITA.

*Latour.* Os pido me disimuleis, señorita , por no haber solicitado el favor que vos os dignais concederme , pero el temor de parecer indiscreto...

*Margarita.* Agradezco sobre manera vuestra delicadeza , señor baron , y ella contribuye á acrecentar la confianza que tengo en vos.

*Latour.* Sea cual fuere esa confianza , creed que haré cuanto esté de mi parte por no desmerecerla. (*Aparte.*) No me engañaba el conde ; es un angel.

*Margarita.* Lo que tengo que deciros es de tal gravedad... que... perdonad... no me siento bien. (*Flaquea y busca una silla para apoyarse.*)

*Latour.* Qué veo! Luego tan grave es? O será que teugo yo el semblante muy severo y no lo he echado de ver? (*La coge una mano.*) Hablad... Oh! qué mano tan delicada!.. El conde decia bien... esta mano es digna de un rey.

*Margarita.* (*Retirándola.*) Baron, dejad galanterias á un lado.

*Latour.* No son sino verdades, señora.

*Margarita.* Aunque asi fuesen, creo que no seria ese suficiente motivo para que vos apreciáscis en mas la posesion de mi mano.

*Latour.* Permitid, señora, que os saque de ese error; sí lo seria.

*Margarita.* Luego vos no mirais el matrimonio como cosa grave?

*Latour.* Segun; si tratase de contraerle con alguna viuda de edad consistente, no diré que no lo mirase asi...

*Margarita.* En fin, señor baron, decidme francamente, y perdonad mi curiosidad, si aspirais en este enlace á la reciprocidad de sentimientos.

*Latour.* Os hablaré con la franqueza que me pedís, Margarita... y en obsequio de ella debo deciros, que despues que os he visto sobre todo, he perdido la esperanza de ser digno de vuestro... cómo diré yo? de vuestro amor. Pero asi mi nombre como mi posicion en la sociedad, me hacen digno de vuestra mano si no de vuestro corazon.

*Margarita.* Y cómo puede separarse lo uno de lo otro?

*Latour.* Muy facilmente... las dos terceras partes de los casamientos se hacen asi... El hombre se casa por tener muger: la muger por tener marido: es una especie de arreglo, un convenio social. Qué tienen que ver con esto el amor ni las pasiones?

*Margarita.* Qué oigo? Y si yo, despues de haber interrogado á mi corazon, sintiese la imposibilidad de amar á otro hombre que no fuese el mismo á quien hubiese jurado un amor eterno?

*Latour.* Hariais muy mal en decírmelo.

*Margarita.* Por qué?

*Latour.* Porque... porque... no deben decirse tales cosas á uno que va á ser vuestro marido... Seria llevar al extremo la candidez...

*Margarita.* Y si no os lo dijese por candidez; si os lo confesase por delicadeza, qué diriais entonces?.. Si os añadiese además, y ojalá recaiga la mengua de esta declaracion sobre los que me obligan á hacerla, que he amado á un hombre con delirio, y que le amo aun?

*Latour.* Miraria ese amor como debia mirarlo: veria en él una pasioncilla de los primeros años, inspirada por algun primo de la familia, que seria cadete ó seminarista cuando vos estábais de colegiala en el convento.

*Margarita.* Desgraciadamente no acabo de salir ahora del convento, señor baron, y aunque joven todavia, há ya tiempo que pasó para mí la época de los juegos y de los afectos infantiles. Cuando yo hablo á un hombre que me hace el honor de solicitar mi mano, del amor que me ha inspirado otro hombre, debe figurarse que le hablo de un amor profundo, verdadero, eterno; de un amor que ha dejado rastros terribles en mi corazon, y cuyo recuerdo no acabará mas que con mi vida.

*Latour.* Siendo asi os repetiré lo que no hace un momento os decia.—Un marido no debe saber tales cosas.—Cuando llegó á vuestra noticia que solicitaba vuestra mano sin conoceros, debísteis adivinar que no era el amor el móvil que á unirme á vos me guiaba, y extraño mucho por cierto que hayais escogido para hacerme esta declaracion, un momento en que ni vos ni yo podemos retroceder... Hay obligaciones muy serias de ambas partes para pensar en deshacer esta boda.... Vuestro hermano me ha dado palabra de que sereis mi esposa, y lo sereis...

*Margarita.* Oh! Cuán desgraciada soy! (*Se deja caer sobre una silla y se oculta el rostro con las manos.*)

*Latour.* (*Llamando.*) Conde? Conde? (*Sale Marencey.*)

## ESCENA III.

MARENCEY. LATOUR. MARGARITA.

*Latour.* Amigo Marencey, vuestra hermana se siente indispueta: tened cuidado, porque estas enfermedades nerviosas suelen hacerse crónicas y es de temer una desgracia. Madama de Meulan murió de una cosa parecida. Tomad, abí teneis un frasquillo de olor; hacédselo aspirar. (*Vase por el foro.*)

## ESCENA IV.

MARENCEY. MARGARITA.

*Marencey.* Margarita!... Margarita!... Pero qué es esto?... por qué lloras? Vamos, serénate; ya han venido algunas personas, y el escribano llegará muy en breve. Nuestro padre bajará tambien.

*Margarita.* Mi padre! estás seguro de que vendrá?

*Conde.* Es indispensable... para firmar los contratos.

*Margarita.* Dices bien. Dios mio, él es mi sola y última esperanza; dadme valor hasta que le vea. (*Vase por la izquierda.*)

*Conde.* Pobre hermana mia, mas te valdria pedirle que nos le volviese á su cabal juicio. Hola! aqui viene el baron con ese original de M. de Nozay.

## ESCENA V.

NOZAY. LATOUR. MARENCEY.

*Latour.* Pues sabeis que es un modo de cazar muy nuevo y elegante; yo tambien tengo estanques, lagunas y patos; he de preguntar á mi mayordomo, hácia qué parte están. Marencey, aqui teneis á este caballero, que me viene contando una cosa muy curiosa... Y cogéis muchos patos de ese modo?

*Nozay.* Innumerables.

*Latour.* Figuraos que el señor se mete en el agua hasta el pescuezo... por qué tiempo?...

*Nozay.* Por los meses de diciembre ó enero vendrá á ser.

*Latour.* Se planta en la cabeza una calabaza y se esconde entre los juncos ; de este modo se desfigura tanto, que los patos no le conocen y se ponen á tiro : ¿no es esto?

*Nozay.* Como de aqui adonde vos estais.

*Latour.* Y asi mata cuantos quiere.

*Nozay.* A docenas.

*Latour.* Pues eso será de sumo gusto para vuestra mujer , si es aficionada á los gansos.

*Nozay.* Se vuelve loca por ellos.

*Latour.* Debe de ser una jóven seductora...

*Nozay.* (*Saludándole.*) Caballero...

*Latour.* Os aseguro que la primera cosa que he de hacer en volviendo á Versalles , es contar al rey esta nueva moda de cazar gansos por parte de mañana, y estoy seguro que S. M. mandará hacer la prueba en el estanque grande de los Suizos.

*Marency.* (*En voz baja.*) Baron, tened compasion de estos pobrecillos provinciales... son personas que no puede uno menos de recibir en solemnidades como esta.

*Latour.* Cómo se entiende? Y hubiérais hecho muy mal en privarme de su vista ; los considero á todos ellos como parte integrante del dote de mi futura esposa, y sentiria en el alma que me hubiéscis hecho esa usurpacion.

*Roberto.* (*Anunciando.*) Monsieur de la Jarry!

*Latour.* (*A Nozay.*) Algun compañero de caza; eh?

*Nozay.* No , es viagero.

## ESCENA VI.

*Dichos.* JARRY con una levita forrada de pieles.

*Marency.* Dios guarde al caballero de la Jarry... Qué abrigado venis, amigo mio ! Pareccis el Czar Pedro el grande.

*Nozay.* Es que... como hace poco que acaba de llegar de Nápoles...

*Latour.* Ah! con que el señor viene de Nápoles?

*Jarry.* Camino recto: y no sé por qué se me figura ahora que hace mucho frio en Bretaña.

*Nozay.* Habreis visto el Vesubio?

*Jarry.* Asi... de lejos. Pero no es eso lo mas curioso que tiene Nápoles... todo ello se reduce á una montaña que echa humo... ni mas ni menos que una chimenea... Y como mi muger tenia mucho miedo á las irrupciones....

*Latour.* Habreis estado en la gruta del perro?

*Jarry.* Para qué? para ver á un animal atacado de convulsiones... tiene uno mas que mirarlos cuando los envenenan públicamente por las calles... Además, que mi muger tiene una pasion decidida por los perros, y la hubiera dado mucha lástima.

*Marency.* Pero un sabio como vos no habrá dejado de admirar la Solfatara?

*Jarry.* Ni he puesto alli los pies siquiera. Me figuro lo que será: tres ó cuatro estadios de azufre, que no producen mas que pajuelas, y mi muger no puede aguantar el olor del azufre.

*Marency.* (Bajo á *Latour.*) Qué os parece este?

*Latour.* (Idem.) No sé si será porque le he visto despues, pero prefiero al otro.

*Roberto.* (Anunciando.) M. Pablo Jones.

*Marency.* (Volviendo.) Cómo?

*Latour.* Otro propietario de las cercanías?

*Marency.* No; este es diferente.—Cómo se atreve á presentarse aqui ese hombre?

*Latour.* Algun plebeyo entonado sin duda?—Poeta, pintor, músico, ó cosa equivalente; ¿no es esto? No puedo sufrir esa clase de entes que en el dia empiezan á ser admitidos en todas partes: la maldita escuela filosófica acabará por confundir todas las clases. Un artista en el dia se sienta con el mayor desenfado al lado de un noble; le codea, le saluda amistosamente, le quita la silla cuando se levanta, y si á mano viene habla y se chancea con él sobre asuntos de la corte. Oh! es moda de muy mal gusto, pero que está muy en boga.

*Conde.* Os engañais, *Latour*: ese hombre no es ni poeta, ni pintor, ni músico; es un hombre con quien quiero habérmelas á solas. (Cogiendo del brazo á

*Jarry.*) Si me haceis el gusto de entrar un momento en este gabinete, tendreis ocasion de ver en él varias aguadas de las islas de Ischia, Capri y Nisida.

*Jarry.* Ah! sí, las he visto muchas veces desde los balcones de la fonda donde estaba alojado; pero no he ido á ellas nunca, porque mi muger tenia mucho miedo de marearse.

*Latour.* (Cogiendo del brazo á *Nozay.*) Con que, segun decis, el mejor modo de desfigurarse es taparse la cabeza con una calabaza?

*Nozay.* Sin disputa; pero es necesario tener cuidado de hacerla unos agujeros para los ojos y la boca.  
*Vanse los cuatro por la derecha. Abrese la puerta del foro y aparece Pablo.)*

## ESCENA VII.

PABLO en el foro. MARGARITA abriendo con precaucion la puerta de la biblioteca.

*Pablo.* (Dirigiéndose hácia ella rápidamente.) Os buscaba. Cuál ha sido el resultado?

*Margarita.* Acabo de decírselo todo.

*Pablo.* Y?...

*Margarita.* Y sin embargo, dentro de diez minutos se firmará el contrato.

*Pablo.* Bien me lo temia yo. Es un miserable!...

*Margarita.* Qué he de hacer ahora?

*Pablo.* Tener valor y resistiros, Margarita.

*Margarita.* Valor!... Ah! bastante he tenido hasta aqui... Quiera Dios no me abandone!

*Pablo.* Silencio. Alguien viene: si no podeis conseguir nada y necesitais de mí, haced que me busquen en casa de Bremont.

*Margarita.* Bien. (Entrase en la biblioteca.)

## ESCENA VIII.

MARENCEY. PABLO.

*Marencey.* (Volviendo á salir por la derecha.) Caba-

llero , os aguardaba á otra hora muy distinta y delante de mas escasos testigos.

*Pablo.* Pues segun veo estamos solos.

*Marencey.* Sí, pero dentro de cinco minutos se llenará de gente este salon.

*Pablo.* Un instante basta para decir muchas cosas y sendas claridades , señor conde.

*Marencey.* Teneis razon; pero es preciso dar con un hombre que no necesite mas que ese instante para entenderlas.

*Pablo.* Si por mí lo decis, ya os escucho. (*Latour sale por la puerta de la derecha y se encamina hácia el foro, desde donde escucha, sin ser visto por Marencey ni Pablo.*)

*Marencey.* Esta mañana me hablasteis de unas cartas?

*Pablo.* Verdad es.

*Marencey.* Pusisteis precio á esas cartas?

*Pablo.* Tambien es verdad.

*Marencey.* Bien. Estais pronto á darme las tales cartas por el precio que dijísteis?

*Pablo.* Conde de Marencey, dilatad hasta mañana la firma de ese contrato, tened conmigo una entrevista esta noche, y entonces...

*Marencey.* La hora fijada para firmar el contrato no puede variarse; y en cuanto á la entrevista, es inútil, pues nos estamos viendo y hablando en este momento... Responded terminantemente; estais pronto á cederme esas cartas?

*Pablo.* Escuchad primero...

*Marencey.* Sí, ó no?

*Pablo.* Dos palabras.

*Marencey.* Sí, ó no?

*Pablo.* (*Con frialdad.*) No.

*Marencey.* Señor mio, á qué hora tendreis mañana la bondad de veniros á dar un paseo conmigo?

*Pablo.* Siento en el alma no poder aceptar la oferta, señor conde.

*Marencey.* Es que sin duda no habeis entendido bien?..

*Pablo.* Al contrario; perfectamente.

*Marencey.* Que este paseo no tiene otro fin mas...

*Pablo.* Que un desafio.

*Marencey.* Y no le aceptais?

*Pablo.* Yo no puedo batirme con vos, conde Marencey.

*Marencey.* No podéis batiros conmigo?

*Pablo.* Os lo juro por mi honor.

*Marencey.* Que no podéis batiros conmigo, decís? (*Latour suelta una carcajada.*)

*Pablo.* (*Volviéndose.*) No; pero puedo batirme con el señor, que es un vil y un infame.

*Marencey.* Qué significa?...

*Pablo.* (*A Latour.*) Lo habeis oído, ¿es verdad?

*Latour.* (*Con indiferencia.*) Sí por cierto; y siento hayais olvidado que hay hombres á quienes no se necesita insultar para hacerlos que admitan un desafío.

*Pablo.* Está bien; no olvideis vos tampoco que quedan á vuestra eleccion el sitio, las armas y la hora.

*Latour.* El conde arreglará todas esas cosas con vuestro padrino, porque á mí no me competen de modo alguno.

*Marencey.* Y en cuanto á nosotros dos, tened entendido, que no porque se atrase nuestra entrevista, desisto de que se lleve á efecto.

*Pablo.* Silencio. Viene gente.

*Marencey.* Y os quedais?

*Pablo.* Me quedo.

*Marencey.* Aquí?

*Pablo.* Aquí ó en esta biblioteca, si os parece mejor. (*Entrase en la biblioteca.*)

*Marencey.* Jazmin? (*Sale Jazmin.*) Dejad pasar.

## ESCENA IX.

*Dichos á la izquierda.* JARRY, NOZAY y un escribano  
*á la derecha.* Este traerá el contrato y le dejará sobre  
 una mesa. Varios nobles convidados.

*Roberto.* (*Anunciando.*) La señora marquesa de Auray.

*Marquesa.* (*Que viene por el foro.*) Señores, os estoy muy agradecida por el honor que me dispensais, favoreciendo con vuestra presencia los desposorios de mi hija con el baron de Latour. Sabedora de vuestra venida, he rogado al marques que asistiese á esta reunion, á pesar de su grave enfermedad, y os

diese las gracias con su presencia á lo menos, ya que no pueda hacerlo de otro modo. No ignorais el estado en que se halla, y por lo tanto no os estrañará si alguna vez dijese palabras que sorprendan y á las que no puede darse crédito alguno.

*Latour.* Sí señora, sabemos su desgracia y admiramos á la heróica muger que desde hace veinte años le ayuda á sobrellevarla.

*Marency.* (*Acercándose á su madre con respeto.*) Ya lo veis, madre mia; todo el mundo ensálza vuestra noble resignacion.

*Marquesa.* (*En voz baja.*) Dónde está Margarita?

*Marency.* (*Idem.*) Aquí se hallaba no hace un instante.

*Marquesa.* Mandad que la avisen.

*Roberto.* (*Anunciando.*) El marques de Auray.

## ESCENA X.

*Dichos.* El MARQUES DE AURAY en traje de corte y condecorado con la cruz de san Luis. Viene sostenido por dos criados; al llegar al dintel de la puerta se detiene, y mira con asombro y con ojos desencajados á los que le rodean: en seguida se acerca paso á paso y se sienta en un sillón colocado en medio del salón al lado de la mesa, dando un suspiro y dejando caer la cabeza sobre el pecho.—*Vase Marency.*

*Escribano.* Procederé, si os parece, á la lectura del contrato?

*Marquesa.* Es inútil, pues las partes interesadas conocen de antemano las condiciones. Señor notario, id dando la pluma. (*Nozay y Jarry firman como testigos; el primero pasa á la izquierda despues de haber firmado y el otro vuelve á ocupar su sitio.*)

*Marency.* (*Trayendo de la mano á Margarita.*) Tengo el honor de presentar á mi hermana.

*Margarita.* (*Despues de haber saludado, dirigiéndose á su madre.*) Señora!

*Marquesa.* (*Despues de mirarla con ademan severo.*) A vos os toca, hijo mio. (*Marency firma.*) Vos, señor baron. (*Latour firma, la entrega la pluma, y va á colocarse al lado de Jarry. La marquesa firma tambien.*) Vos ahora, Margarita.

*Margarita.* (Dando un paso.) Señora!

*Marquesa.* (Alargándola la pluma por cima de la cabeza del marques.) Firmad!

*Margarita.* (Se acerca vacilante y estiende la mano para coger la pluma.) No, no, jamas. (Arrojándose á los pies del marques.) Padre, padre mio; tened compasion de mí.

*Marquesa.* (Bajándose y en voz baja.) Qué haceis? Estais loca?

*Margarita.* Padre!

*Marques.* Quién me llama? (Levantando la cabeza.) Qué voz es esta? Qué haceis vos á mis pies, hija mia? Qué quereis? Qué pedís?

*Marquesa.* Margarita!

*Margarita.* Señora, ya que no pueda dirigirme á vos, dejadme implorar á mi padre, á menos que no queráis que invoque la ley. (Señalando al escribano.)

*Marquesa.* (Esforzándose para mostrarse risueña.) Vamos, es una escena de familia. Os pido que perdoneis, señores, porque estas cosas, muy patéticas para los parientes, son siempre desagradables para los extraños. Tened la bondad de pasar á los otros salones: hijo mio, hacedles los honores; vos, baron, disimulad.

*Latour.* No hay por qué, señora. (Volviéndose hácia Jarry.) Con que decíais que vuestra muger tiene tanto miedo de marearse?

*Jarry.* Tanto, que estuvo á la muerte cuando fuimos á ver Isla-Bella, y no está media legua de Paris. (Vanse todos.)

## ESCENA XI.

EL MARQUES. MARGARITA. LA MARQUESA.

*Marquesa.* (Aguarda á que hayan salido todos é inmediatamente cierra la puerta y viene á colocarse á la izquierda de Margarita.) Ahora que solo quedamos aquí los que podemos prescribiros órdenes, firmad ó alejaos.

*Margarita.* Oh! por compasion, señora. (La marquesa la coge por el brazo; ella se agarra á su padre.) Padre mio! padre mio! Perd on! piedad! No, no es

justo que se diga que despues de diez años que no he visto á mi padre, me ban arrancado de sus brazos sin que me baya reconocido, sin que me haya abrazado. Padre mio! soy yo: soy vuestra hija!

*Marques. (Volviendo algo en sí.)* Qué voz es esta que me llama y que tan grata resuena en mi oido? Quién es esta jóven que me llama padre?

*Marquesa. (Bajándose entre Margarita y el Marques.)* Es una voz que se resiste contra los derechos de la naturaleza, es una hija rebelde.

*Margarita.* Padre mio, miradme, defendedme! Soy Margarita.

*El marques.* Margarita! Yo tuve una hija de ese nombre.

*Margarita.* Soy yo, soy yo.

*Marquesa.* No se puede llamar hijo el que no obedece, obedeced y tendreis derecho á llamarnos padres.

*Margarita.* Oh! Pronto estoy á obedeceros á vos, padre mio, porque es imposible que vos me mandeis ni querais que sea desgraciada. Oh! y desgraciada para siempre!

*El marques.* Ven, ven, acércate hija mia. *(Estrechándola entre sus brazos.)* Oh! es una sensacion deliciosa!... y ahora... Ay! ahora empiezo á recordarlo todo...

*Marquesa.* Marques!

*El marques. (Levantando la cabeza.)* Cuidado, señora, temblad; no os he dicho que empezaba á recordarlo todo!... Habla, habla hija mia, qué tienes?

*Margarita.* Oh! soy muy desgraciada!

*El marques.* Con que es decir que todo el mundo es desgraciado aqui; asi el de cabeza encaneida como el de rubios cabellos, asi el anciano como la jóven... Ah! yo tambien, yo tambien, hija mia, soy muy desgraciado! *(Dejando caer la cabeza sobre uno de los brazos del sillón.)*

*Marquesa.* Marques, es preciso que os retireis á vuestro cuarto... Voy á dar la orden... *(Pasando á la derecha del marques.)*

*El marques.* Sí, para tenerme solo allí, no es verdad? para encerrarme? Eso es bueno cuando estoy loco, señora.

*Margarita.* Sí, padre mio, teneis razon; tiempo es ya de que os puedan ver y hablar vuestros hijos. Si os

aeomete de nuevo ese horrible mal, vuestra hija os asistirá, no se apartará de vos ni de dia ni de noche si se lo permitis.

*El marques.* Mi hija!... mi hija! Y por qué si eres mi hija no has venido á verme en diez años?

*Margarita.* Porque siempre me han dicho que no queriais verme, que no me amabais?

*El marques.* (*Abrazándola la cabeza con las manos.*) Te han dicho que yo no queria verte, angel mio? Te han dicho eso! Te han dicho que un infeliz abandonado de Dios no queria ver el cielo? Y quién es el que ha dicho que un padre se negaba á ver á su hija, quién se ha atrevido á decir á un hijo: criatura, tu padre no te quiere!

*Marquesa.* Yo!

*El marques.* Vos!... Luego os complacéis en ir destruyendo una á una mis ilusiones, mis afectos: luego todos mis sinsabores y desgracias han de dimanar de vos y quereis ahogar en mi corazon el cariño de padre, como sofocasteis para siempre el amor de esposo! (*Se levanta.*)

*Marquesa.* Marques, estais delirando.

*El marques.* No, no deliro. Estoy entre un angel que quiere volverme la razon y un demonio que escita mi locura... Pero, ahora no estoy loco, no... quereis que os lo pruebe? quereis que os lea vuestras cartas, adúltera!... quereis que os hable de sangre y desafios!

*Marquesa.* (*Cogiéndote por el brazo.*) Os digo que estais mas abandonado que nunca de la mano de Dios, pues proferis esas palabras sin reparar en las personas que os escuchan. Bajad la vista, mirad quien está ahí y atreveos á decir despues que no estais loco.

*El marques.* (*Dejándose caer de nuevo sobre el sillón.*) Es verdad. Tu madre tiene razon, hija mia, estoy loco, no des crédito á lo que digo, sino á lo que ella dice... Ella! que es la virtud, la resignacion misma, que no conoce los remordimientos, ni pasa noches de fiebre y de delirio. Qué es lo que quiere tu madre?

*Margarita.* Mi desgracia, padre mio, mi desgracia eterna.

*El marques.* Y como podré yo impedir esa desgracia... yo, pobre demente, que cree ver siempre brotar sangre de una herida, que cree oír siempre la voz que sale de una tumba.

*Margarita.* Oh! vos lo podeis todo; decid una sola palabra... Escuchad... Quieren casarme con un hombre á quien no amo.... lo oís?... con un hombre vil y miserable... y os han traído aqui, á vos, que sois mi padre para firmar ese contrato!... ahí le teneis, miradle sobre esa mesa.

*El marques.* (*Cogiendo el contrato.*) Sin consultarme! sin preguntarme si yo quiero!... Luego ya no soy para ellos mas que un muerto, un espectro... Y dices que este casamiento labrará tu desdicha?

*Margarita.* Eterna.

*El marques.* Pues no se efectuará.

*Marquesa.* Marques, he empeñado vuestra palabra y la mia.

*El marques.* Y yo os digo que no se efectuará este casamiento (*Se levanta.*), porque un matrimonio en que la muger no ama á su marido es un enlace sacrílego y terrible... porque vuelve loco... No creas que lo digo por mí, hija mia... la marquesa me ha guardado siempre constancia y fidelidad... Yo estoy loco por otra cosa.... Este contrato.... (*Quiere cogerle; la marquesa se lo estorba.*) Lo que á mí me ha vuelto loco... es estar viendo siempre levantarse la losa de un sepulcro... mirar eternamente un espectro delante de mis ojos... es una fantasma que se acerca á mí incesantemente y me habla... y me dice...

*Marquesa.* (*Repitiéndole al oído las palabras del moribundo Morlaix.*) Soy dueño de vuestra vida... puedo quitarosla.

*El marques.* Lo oyes? lo oyes?

*Marquesa.* (*Idem.*) Pero quiero que vivais... para que me perdoneis como yo os perdono!

*El marques.* (*Dejándose caer en el sillón.*) Piedad, Morlaix, piedad... Ah!

*Margarita.* Padre!

*Marquesa.* (*Con tono de triunfo.*) Ya veis que vuestro padre está demente.

*Margarita.* Padre mio!

*Marquesa.* Marques!

*El marques.* (*Estremeciéndose.*) Ay de mí!

*Margarita.* Oh! ya vuelve en sí.

*Marquesa.* Marques, tomad y firmad: yo os lo mando. (*Le pone la mano encima del contrato y le coloca la pluma entre los dedos. El marques empieza á firmar.*)

*Margarita.* Ah! Soy perdida. (*Dejándose caer de rodillas.*)

## ESCENA XII.

*Dichos.* PABLO que sale de pronto de la biblioteca: poco despues MARENCEY y LATOUR.

*Pablo.* Marquesa de Auray.

*Marquesa.* Quién me llama? (*Margarita se levanta.*)

*Latour y Marencey.* (*Saliendo por el foro y dirigiéndose á Pablo.*) Caballero!

*Pablo.* (*Amenazándoles.*) Atras todos!...

*Latour.* Me darcis una satisfaccion...

*Pablo.* Por sabido se calla... Marquesa de Auray, es necesario que yo os hable á solas en este instante.

*Marquesa.* (*Retrocediendo á la derecha y mirándole llena de terror.*) Sois espectro?

*El marques.* (*Levantándose estremecido.*) Qué voz es está? (*Viendo á Pablo.*) Yo conozco á ese hombre... (*Encaminándose á él.*) Ah!... Morlaix!... Morlaix!... (*Perdiendo la razon completamente y repitiendo las últimas palabras de Morlaix.*) Soy dueño de vuestra vida, marques: puedo quitárosla; pero quiero que vivais para que me perdoneis como yo os perdono... (*Cae desfallecido. Marencey se acerca y le sostiene.*)

*Margarita.* (*Precipitándose sobre su padre.*) Padre mio!

*Roberto.* (*Entra corriendo por la izquierda y se dirige á la marquesa.*) Señora, señora! Bremont ha mandado llamar al médico y al confesor del castillo; está espirando.

*Marquesa.* (*Mirando á Pablo llena de terror y señalando al marques.*) Respondedle que el marques los necesita en este momento.

---

## ACTO CUARTO.

---

Casa de Luis Bremont.—El teatro representa dos habitaciones separadas por un tabique: en el fondo de la primera, que corresponde á la izquierda del actor, está la puerta de entrada, y se verá en primer término una ventana cubierta por una cortina grande. A la mitad del tabique se halla la puerta que comunica con la segunda habitacion. En esta habrá hácia el fondo y á la derecha una cama con colgadura verde, y un crucifijo de marfil en la pared que mira al espectador. A la cabecera de la cama una mesa con una lámpara encendida, y una biblia sobre un atril. Al mismo lado una ventana y un sillón, y á la izquierda de la puerta de comunicacion un armario.—Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

BREMONT *sentado en el sillón, y* ROBERTO *á su lado.*

*Roberto.* Necesitais alguna otra cosa, señor Bremont?

*Bremont.* Nada.

*Roberto.* No quereis que venga alguno á acompañaros?

*Bremont.* Un sacerdote.

*Roberto.* Pero ya sabeis que en dos leguas á la redonda no se encuentra ninguno mas que el del castillo.

*Bremont.* Pues entonces os agradezco la buena voluntad: nada me hace falta.

*Roberto.* Hasta la vista, señor Bremont.

*Bremont.* A Dios. (*Vase Roberto.*)

### ESCENA II.

BREMONT *solo.*

El sacerdote y el médico estan ocupados al lado del marques. Con que nos llama Dios en el mismo dia

para pedirnos la misma cuenta! justicia divina!... Pero cabe en la justicia humana abandonarme en la agonía, sin auxilio, sin consuelos! No podríamos partir, señor marques?... Vos, que temeis la muerte, hariais bien en quedaros con el médico, y á mí, que estoy cansado de la vida, me hace falta el sacerdote.... Sí; el sacerdote escucharía mi confesion, recibiría mis papeles, y la marquesa.... Ella es sin duda la que me hace morir solo y desesperado como he vivido.... Oh! cuánta tranquilidad pueden prestar al corazón en estas últimas horas algunas pocas palabras de consuelo!... me seria tan facil pasar de esta vida á la otra si resonara en mi oido una voz caritativa!... (*Mirando al cielo.*) Dios lo ha dispuesto de otro modo. Hágase la voluntad de Dios.

### ESCENA III.

BREMONT Y PABLO. (*Entrando aceleradamente hasta llegar al lado de Bremont.*)

*Pablo.* Padre mio!

*Bremont.* Pablo! eres tú?.. ya no esperaba volverte á ver.

*Pablo.* Hubiérais podido imaginar que en cuanto llegase á mi noticia...

*Bremont.* Pero ni sabia dónde estabas, ni cómo avisarte.

*Pablo.* Estaba en el castillo, lo supe todo, y vine al instante... Pero os encuentro solo, sin auxilios...

*Bremont.* Me han negado un médico, me han negado un sacerdote.

*Pablo.* Yo montaré á caballo, y antes de una hora....

*Bremont.* Una hora! Ya no sería tiempo, y luego el médico es inutil, lo conozco: el sacerdote solamente...

*Pablo.* Padre mio, yo no me creo suficiente para reemplazarle en su sagrado ministerio; pero aqui juntos hablaremos de Dios, de su grandeza, de su bondad....

*Bremont.* Sí: mas antes concluyamos con los asuntos de la tierra para dedicarnos esclusivamente á los del cielo... Dicen que el marques se muere?..

*Pablo.* Lo dicen.

*Bremont.* Ya sabes que en cuanto muera te pertenecen los papeles que estan en ese armario.

*Pablo.* Lo sé.

*Bremont.* Si muero antes que él y sin haber podido confiar á un sacerdote mi último encargo, (*Sacando una llave de debajo de la almohada de la cama.*) tomarás esta llave, que sirve para abrir aquel armario, dentro verás una cartera.... tú eres hombre de honor, Pablo.... júrame que no abrirás la cartera antes que el marques haya muerto.

*Pablo.* Lo juro por mi honor.

*Bremont.* Bien está: ahora moriré tranquilo...

*Pablo.* Si puede tranquilizaros que el hijo os dá la mano en este mundo, y el padre os la tiende desde el otro....

*Bremont.* Te parece que puede estar satisfecho de mi fidelidad?

*Pablo.* Jamás hubo rey tan exactamente obedecido durante su vida, como él despues de su muerte.

*Bremont.* Demasiado fiel he sido siempre en cumplir sus mandatos.... Yo no debí consentir aquel duelo; hice mal, muy mal en servirles de testigo... Escucha, Pablo, este es el peso que agobia mi conciencia, y del que yo esperaba me librase la mano de un sacerdote... escucha: hay momentos en que llego á dudar, en que me parece que aquel duelo solitario pudiera equivocarse con un asesinato... y entonces, ya ves tú, no habré sido testigo sino cómplice...

*Pablo.* Padre mio, yo no sé si las leyes de la tierra están siempre muy conformes con las del cielo, ni si el honor, que llaman los hombres, es la virtud para Dios. Ignoro tambien si nuestra iglesia, que aborrece la venganza y la efusion de sangre, permite que el ofendido trate de vengarse con sus propias manos, y si en este caso el plomo de la pistola y la punta de la espada van siempre dirigidas por la mano del Señor. Cuestiones son estas que no debe decidir el entendimiento sino la conciencia y el corazon. Pues bien, la conciencia me dice que yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo que tú, y si este corazon mio me engañase lo mismo que á tí, quién mejor que yo podria disipar tus dudas? Yo que re-

presento á mi padre , y te perdono en su nombre.

*Bremont.* Yo te agradezco , hijo mio , esas dulces palabras , bálsamo del corazon que calma los dolores del pobre moribundo. Porque un remordimiento es una cosa terrible... mira... un remordimiento inclina á dudar de Dios , porque dudando de Dios se duda del castigo.

*Pablo.* Yo tambien he dudado muchas veces: solo y perdido en el desierto del mundo , sin familia , sin apoyo , no me quedaba mas que un amor y una esperanza ; Dios. Pedia con ansia á todos los seres que alcanzaba mi vista una prueba de su existencia , y decia para mí : « si al menos hallase la tumba de mi padre , ella me podria hablar. »

*Bremont.* Pobre joven !

*Pablo.* Punzábame el deseo de conocer á Dios buscándole en sus obras , y asi me entregué todo á esa vida errante y misteriosa , cuyos secretos quedarán para siempre ocultos entre el cielo , el mar y yo. Corrí ansioso á los desiertos de la América , figurándome que aquel suelo recién creado y virgen todavia se hallaba mas cerca de su creador. Errante alli por las interminables praderas y selvas , que por ventura ningun hombre habia saludado antes que yo , sin mas abrigo que el cielo , ni mas pensamiento que el de sentir y aprender , escuchaba embebecido los armoniosos rumores de la naturaleza adormecida y del mundo que sacude su sueño... y aun todavia no llegaba yo á comprender ese elocuente lenguaje , que forman reuniéndose , el murmullo de los rios , el vapor de los lagos , el susurro de las selvas y el aroma de las flores.... Mas poco á poco se fue descoriendo el velo que cubria mis ojos y aliviando el peso que oprimia á mi corazon. Los rumores de la tarde y la armonia de la aurora fueron ya para mí un cántico universal , que en accion de gracias eleva á Dios la creacion. Dudoso aun me lancé á los mares para pedirles el resto de conviccion que me negaba la tierra... La tierra es solamente el espacio , el Océano la inmensidad. El Océano es lo mas ancho , lo mas fuerte , lo mas poderoso despues de Dios.... Yo le he escuchado rugir como un leon irritado , y

luego como obediente lebrél tenderse sumiso á los pies de su señor... Yo le he visto alzarse como rebelde gigante que pretende asaltar el cielo, y luego azotado por la tempestad quejarse como un niño que llora. Tambien le he visto lanzar sus olas hasta cruzarse con las nubes enrojecidas con el relámpago, como si fuesen á apagar el rayo con su espuma, y en seguida apaciguarse quedando limpio y terso como un espejo, en cuyo fondo se repiten los cielos con todas sus estrellas. En la tierra conocí la existencia, en el Occéano aprendí el poder. En mi soledad habia llegado á percibir la voz del Señor, pero le ví en persona como Ezequiel en medio de la tempestad. Desde entonces ya no cupo en mi corazón la duda; tuve la dicha de creer y el consuelo de rezar.

*Bremont.* Dios mio, yo creo en vos y espero en vos.

*Pablo.* (Continuando.) Un sacerdote no os hubiera hablado de este modo, padre mio. Perdonad á un marino que os habla en su lenguaje, y con voz mas acostumbrada á palabras de muerte que á palabras de consuelo.

*Bremont.* Tú me has hecho creer y rezar como tú; qué mas hubiera hecho un sacerdote..? (*Va hácia su cama apoyándose en Pablo.*) lo que me has dicho es sublime; déjame pensar en ello... (*Acostándose en la cama.*) cuando me sienta peor te avisaré.

*Pablo.* (*Corriendo las cortinas.*) Estad seguro que no me apartaré de aqui. (*Se sienta en una silla á la cabecera de la cama y se queda un instante sumergido en sus meditaciones.*)

*Margarita.* (*Desde fuera.*) Pablo!

*Pablo.* (*Alzando de pronto la cabeza.*) Quién me llama?

*Margarita.* (*Cerca de la puerta de entrada.*) Pablo!

*Pablo.* (*Corriendo á la puerta.*) Es su voz... (*Abre la puerta y encuentra á Margarita de rodillas con el cabello y el trage desordenados.*) Qué tienes, dí?

## ESCENA IV.

PABLO. MARGARITA.

*Margarita.* (*Arrastrándose de rodillas.*) Favor! Favor!

*Pablo.* Qué temes? Quién te persigue, y por qué vienes á esta hora?

*Margarita.* A cualquiera hora, de noche ó de dia, hubiera seguido huyendo, mientras hallase tierra que me pudiera sostener: buscaba un corazon que llorase conmigo, y un brazo que me defendiese: necesitaba correr.... Pablo, Pablo! (*Arrojándose á sus brazos.*) Mi padre ha muerto.

*Pablo.* Pobre niña, te escapas de una casa mortuoria y vienes á parar á otra! Dejas la muerte en el castillo y la vuelves á encontrar en la cabaña!

*Margarita.* Aqui por lo menos la muerte será tranquila, pero alli la angustia, la desesperacion.... Oh! Pablo, si hubiérais visto lo que yo he tenido que ver!

*Pablo.* Dímelo.

*Margarita.* Ya sabeis que vuestra presencia y vuestra voz causaron á mi padre una impresion terrible....

*Pablo.* Sí.

*Margarita.* Perdió el conocimiento y le llevaron á su habitacion.

*Pablo.* Yo me dirigia á tu madre; no es culpa mia que él oyera mis palabras.

*Margarita.* No pudiendo yo resistir mi inquietud, sin detenerme el riesgo de irritar á mi madre, corrí á verle. Estaba cerrada la puerta; llamé suavemente, y al punto percibí su débil voz preguntando quién estaba alli.

*Pablo.* Y tu madre?

*Margarita.* Mi madre se hallaba ausente y le habia encerrado al salir. Pero en cuanto me conoció por la voz, y porque yo le respondí que era Margarita, que era su hija, me encargó que subiese por una escalera secreta que conducia á un gabinete de su habitacion. Un minuto despues ya estaba de rodillas delante de su lecho, y me estrechaba las manos y me daba su bendicion paternal. Yo creo, Pablo, que

aquella bendición debe atraerme la del cielo.

*Pablo.* En ese punto puedes estar tranquila; llora por tu padre, hija mia, pero no tienes motivo para llorar por tí, porque Dios te mira con cariño.

*Margarita.* En aquel momento, cuando yo estaba de rodillas besando sus manos, sentí los pasos de mi madre que subia por la escalera. Conocí su voz, y mi padre la conoció tambien; porque me abrazó por última vez y me hizo seña de que huyese. Quise obedecerle, pero tenia tan trastornada la cabeza que tomé una puerta por otra, y en vez de la escalera por donde habia subido me encontré en un gabinete sin salida. Mi madre entró con un sacerdote, y en verdad os digo que estaba mas pálida que el mismo moribundo.

*Pablo.* Dios mio!

*Margarita.* El sacerdote se sentó á la cabecera de la cama; mi madre permaneció en pie al otro lado. Y entretanto yo encerrada sin poder escaparme..... Pablo! qué situacion la mia!... una hija obligada á oír la confesion de su padre!... es cosa horrible, no es verdad?... Me puse de rodillas, cerrando los ojos para no ver, y rezando para no oír; y con todo, á pesar mio no pude menos de ver y de oír, y lo que pasó en aquellos terribles momentos jamás se borrará de mi memoria. Oí pronunciar á mi padre las palabras *adulterio, duelo, asesinato*, y ví que mi madre se ponía cada vez mas pálida, y que alzando la voz para cubrir la confesion del moribundo, decia, «no le creais, no le creais, padre mio; es un loco, un demente... no le creais...» Pablo! era aquel un espectáculo horrendo, sacrílego, impío..... Sentí que un sudor frio me bañaba la frente, y caí desvanecida.

*Pablo.* Justicia del cielo!

*Margarita.* Cuando volví en mí la habitacion estaba silenciosa como una tumba; mi madre y el sacerdote habian desaparecido.... Miré hácia la cama y creí ver entre las sábanas delineadas las formas de un cadáver... Adiviné que ya todo estaba concluido... Un terror invencible me lanzó fuera de la habitacion; bajé la escalera sin saber cómo, atravesé galerias, aposentos, y sintiendo al fin la frescura del aire co-

nocí que estaba en el campo... Seguí huyendo.... Me acordaba que me habiais prometido que os hallaria aqui, y como por instinto corria hácia este lado. Se me figuraba ver por todas partes espectros horrosos. Tan fuera de mí estaba, que al cruzar una senda creí ver á mi madre vestida de luto.... Entonces empecé á gritar, y por un impulso desesperado seguí corriendo un instante y vine á caer desfallecida delante de esta puerta... Si no la abris tan pronto no sé qué hubiera sido de mí, porque ciertamente era tal mi turbacion, que... silencio! (*Aproximándose á Pablo.*)

*Pablo.* Siento pasos.

*Margarita.* (*Ocultándose con la cortina de la ventana, y ocultando tambien á Pablo.*) Mirad, mirad.

## ESCENA V.

*Los mismos, y LA MARQUESA.*

(*El teatro está á oscuras, la marquesa entra con precaucion, cierra la puerta con llave y sin ver á Margarita ni á Pablo, atraviesa la primera habitacion, entra en la segunda, y se detiene á los pies de la cama de Bremont.*)

*Bremont.* (*Descorriendo una de las cortinas de la colgadura.*) Quién está ahí?

*Marquesa.* (*Descorriendo la otra.*) Yo.

*Bremont.* Vos? y qué teneis que hacer á la cabecera de un moribundo?

*Marquesa.* Vengo á proponerle un convenio.

*Bremont.* Que perderá su alma, no es verdad?

*Marquesa.* Al contrario, vengo á salvarla. Oye, Bremont; lo único que necesitas en este mundo es un sacerdote.

*Bremont.* Por eso me habeis negado el del castillo.

*Marquesa.* Si tú quieres, antes de cinco minutos le tendrás aqui.

*Bremont.* Bien está: haced que venga al instante.

*Marquesa.* Pero si yo te doy la paz del cielo, tú me darás en cambio la paz de la tierra.

*Bremont.* Y qué exigís de mí?

*Marquesa.* Tú necesitas un sacerdote para morir; ya sabes lo que yo necesito para conservar mi vida.

*Bremont.* Y queriais que un perjurio me cerrase el cielo para siempre?

*Marquesa.* Al contrario, quiero que te le abra un perdon.

*Bremont.* Ya le tengo.

*Marquesa.* De quién?

*Bremont.* Del único que tiene derecho para concedérmelo.

*Marquesa.* Pues qué, Morlaix ha bajado del cielo?

*Bremont.* No, pero su hijo vive aun.

*Marquesa.* Con que le has vuelto á ver?

*Bremont.* Sí.

*Marquesa.* Y se lo has dicho todo?

*Bremont.* Todo.

*Marquesa.* Y los papeles que acreditan su nacimiento?

*Bremont.* El marques no habia muerto; los papeles están alli.

*Marquesa.* (*Arrodillándose.*) Por el cielo, Bremont, compadéceme.

*Bremont.* Qué haceis, señora? Vos arrodillada delante de mí?

*Marquesa.* Sí, anciano, sí; yo me arrodillo á tus pies y te suplico llorando.... porque en tus manos se halla ahora el honor de una de las familias mas principales de Francia; mi vida pasada, mi porvenir: esos papeles son yo misma, son mas que yo, porque son mi nombre y el de mis hijos. Ya sabes cuanto he sufrido para conservarle sin mancha; te parece que no tengo tambien un corazon como las otras mugeres con sentimientos de amante, de esposa y de madre? Pues bien, todos los he sofocado uno tras otro, y la lucha ha sido tan cruel como larga porque ha durado ya veinte años.

*Margarita.* (*En la otra habitacion.*) Qué está diciendo! Dios mio!

*Pablo.* Escucha; el Señor ha permitido que todo se descubra.

*Bremont.* Dudais, señora, de la bondad de Dios? Habéis olvidado que perdonó á la muger adúltera?

*Marquesa.* Pero tambien me acuerdo de que los hom-

bres no la habian perdonado; no.... porque iban á lapidarla cuando él llegó.... los hombres!.... cuando despues de veinte generaciones se han acostumbrado á respetar mi nombre, á honrar mi familia, acogerrían ansiosos esta ocasion de tratarla con desprecio. Ah! Dios mio! (*Se levanta.*) Dios mio, he sufrido tanto que espero me perdonareis, lo espero; oh! pero los hombres no perdonan. Ademas que no me espondria yo sola á sus injurias; conmigo padecerian mis hijos porque el otro es el primogénito. Yo bien sé que es hijo mio como Marencey y Margarita, pero me asiste algun derecho para darles ese hermano? Tú no ignoras que segun la ley es el primer hijo del marques de Auray, cabeza de la familia; no puedes olvidar que el título y las rentas le pertenecen por justicia humana. Si él llega á pedir justicia, qué le queda á Marencey? una cruz de Malta! á Margarita? un convento!

*Margarita.* Sí, sí, madre mia, un convento, donde pueda rogar por vos.

*Pablo.* Silencio!

*Bremont.* Oh! vos no le conoceis señora.

*Marquesa.* No, pero conozco á los hombres. Pudiendo adquirir un nombre que no tiene; riquezas que no posee, te parece á tí que renunciaria á esas ventajas?

*Bremont.* Rogádselo vos.

*Marquesa.* Y con qué derecho le pediria yo que me guardase consideraciones, que respetase los intereses de Marencey y de Margarita? A esto me responderia él: Señora no os conozco, ni os he visto jamas, ni sé quien sois.

*Bremont.* (*Con voz débil.*) En su nombre, Señora... en su nombre.... me comprometo.... os juro....

*Marquesa.* (*Inclinándose sobre él y observando los progresos de la muerte.*) Te comprometes y juras... piensas que bajo tu palabra voy á arriesgar los años que puedan quedarme de vida, contra los pocos minutos que á tí te faltan para morir?... No lo creas.... Te he suplicado y por última vez te lo suplico: dame esos papeles.

*Bremont.* Los papeles son suyos.

*Marquesa.* (*Con fuerza.*) Te repito que yo los necesito.

*Bremont.* Dios mio!

*Marquesa.* Nadie puede venir: estamos solos... Me has dicho que esa llave nunca se separa de tí.

*Bremont.* Seriais capaz de arrancarla de las manos de un moribundo?

*Marquesa.* (Con voz sorda y dejándose caer sobre el sillón.) No; aguardaré.

*Bremont.* Dejádme morir en paz, idos de aquí! (Tomando el crucifijo.) En nombre de Jesucristo, idos de aquí! (Vuelve á caer y muere.)

*Marquesa.* (Inclinándose ante el crucifijo.) Oh! (Corre las cortinas de la cama.)

*Margarita.* Horror! horror!

*Pablo.* Arrodiillaos, Margarita! (La marquesa pasando la mano entre las cortinas, toma la llave que Bremont tenia entre las suyas, se levanta y se dirige hácia el armario, mirando á la cama con terror. Pablo se va acercando á ella, y cuando ve que aproxima la llave á la cerradura, la detiene el brazo, cuya accion la deja inmovil gritando.) Ah!

*Pablo.* Dadme esa llave, madre mia, porque el marques ha muerto y los papeles me pertenecen.

*Marquesa.* (Retrocediendo aterrada.) Ah! (Se deja caer sobre el sillón.) Justicia de Dios! es mi hijo!

*Margarita.* (En la otra habitacion de rodillas levantando las manos al cielo.) Bondad divina! es mi hermano!



---

## ACTO QUINTO.



La decoracion es la misma que en el tercer acto; estan ardiendo y casi enteramente consumidas las bujías de los candelabros; la chimenea está encendida. A la izquierda una mesa de despacho.

### ESCENA PRIMERA.

*La MARQUESA sola con los codos apoyados en la mesa y la vista fija en el contrato donde Latour habia puesto su firma, y el marques la mitad de la suya; alarga la mano, toca una campanilla y se presenta un criado á la puerta.*

Decid á mi hija que la aguardo en el salon. (*Vase el criado y la marquesa vuelve á quedarse inmovil en su posicion anterior.*)

### ESCENA II.

LA MARQUESA, poco despues ROBERTO y MARGARITA.

*Marquesa. (Sola.)* Qué noche!... hay momentos de la vida en que se agolpan y atropellan los hombres y los sucesos, como si les faltasen tiempo y lugar donde existir.... Con que á pesar de todo, la lucha ha de continuar y la muerte ha dejado herederos de su secreto!... mi hijo.... este nombre que halaga el corazon de todas las madres, hiela y oprime el mio.... No hay duda, es el único medio. (*Toca la campanilla y se presenta un criado.*) El conde Marency.

*Roberto.* Ha salido á las diez de la mañana con el señor baron de Latour.

*Marquesa.* Ha salido?

*Roberto.* Yo le he visto subir al coche.

*Marquesa.* Que venga su ayuda de camara.

*Roberto.* Ha salido tambien con los señores.

*Marquesa.* Y en qué coche han ido?

*Roberto.* En el del señor baron.

*Marquesa.* Que pongan los caballos en el mio, y á mi hija que la espero aqui. (*Vase Roberto.*) En firmando el contrato se irá á Rennes con su hermano, y asi lograré que no sospechen nada... Entretanto me quedo sola; podré hablarle, le ofreceré mis riquezas en cambio de esos papeles; y ya por cálculo, ya por compasion, espero que no se negará á complacerme, y que mi secreto quedará sepultado entre los muros de este castillo... Oh! si cada una de estas antiguas fortalezas tuviese memoria y lengua para hablar, qué historias tan terribles se contarían unas á otras!

*Margarita.* (*Al ruido que hace al entrar, levanta la marquesa la cabeza.*) Señora...

*Marquesa.* Acercaos; qué desfigurada estais! Por qué es ese temblor?

*Margarita.* (*Balbuente.*) La muerte de mi padre tan repentina, tan inesperada... He sufrido tanto esta noche!

*Marquesa.* (*Con voz sorda.*) Sí, es verdad; el vástago tierno y débil todavía se encorva y deshoja con el viento, y solamente la dura y añosa encina puede resistir á todas las tempestades; yo tambien, Margarita, he sufrido mucho; tambien he pasado una noche terrible... y con todo, me ves firme y tranquila.

*Margarita.* Dios os ha concedido, señora, un alma fuerte, inflexible; pero no debeis exigir á las demas la misma resistencia, porque os espondríaís á despedazarlas.

*Marquesa.* Por eso no voy á pedirte mas que obediencia. Margarita, ya no tienes padre; desde hoy queda tu hermano por cabeza de la casa. En este momento vas á partir con él para Rennes.

*Margarita.* Para Rennes, madre mia! y con qué objeto?

*Marquesa.* Para finalizar este contrato, que debe llevarse á efecto muy pronto.

*Margarita.* Me parece, señora, que cuando mi padre acaba de morir, el respeto que merece...

*Marquesa.* El respeto filial os obliga á cumplir con la última voluntad de vuestro padre. Mirad bien este contrato, y vereis en él las primeras letras de su firma.

*Margarita.* Y me será lícito preguntar si cuando mi padre escribió esas letras interrumpidas por la muerte, estaba en su cabal razon, obraba conforme á su voluntad?

*Marquesa.* Eso lo ignoro; pero lo que sé muy bien es que la influencia que dirigia su mano le sobrevive aun. No os olvidéis de que los padres representan á Dios sobre la tierra... Dios ha exigido de vuestra madre cosas muy terribles, y vuestra madre ha obedecido. Seguid su ejemplo; Margarita, obedecedla.

*Margarita.* Tres dias hace, señora, que con lágrimas en los ojos y angustia en el corazon me arrastro de rodillas desde mi hermano á ese hombre, y desde ese hombre á mi padre, sin que ninguno haya querido ó podido escucharme, porque la ambicion ó la locura estaban alli para ofuscar mi voz... Vos sola me quedais ahora, y sabe Dios lo que me cuesta el último esfuerzo que voy á hacer para intentar mi salvacion... Esenchadme, señora. Si solamente hubiera de sacrificar á vuestro gusto la felicidad de mi vida, hecho estaria el sacrificio; si no tuviera que poner en la balanza mas que mi amor y mi sosiego, no me veriais dudar. Pero reflexionadlo bien, madre mia; vais á darme una familia que yo haré desgraciada, pudiendo evitarlo ahora... Acordaos de que hay un hombre á quien he hecho un juramento delante de Dios.

*Marquesa.* Pero antes estábais obligada á obedecer á vuestra madre, y ese hombre nunca puede pedir os cuenta, porque no le volvereis á ver.

*Margarita.* Y si volviese algun dia á recordarme mi palabra, y si llegando á saberlo todo mi marido, le citase á un desafío solitario, sin testigos, un duelo á muerte, y alli matase á mi amante, y luego atormentado por la conciencia y por una voz que le gritase desde la tumba, perdiese mi marido la razon...

*Marquesa.* (Aterrada.) Calla, calla.

*Margarita.* Y entonces, para conservar puro mi nombre

y sin género de duda el derecho de mis hijos, tendría que encerrarme sola con un frenético, y que separar de su lado á toda persona viviente, para que no oyesen sus palabras de angustia y de desesperacion. ¿Es esto lo que quereis, señora? que mi corazon sea de bronce para no sentir, mis ojos de piedra para no llorar; que me vista de luto como una viuda, viviendo mi marido todavía; qué...?

*Marquesa.* Calla, calla.

*Margarita.* Para que el terrible secreto muera con los desgraciados que intervinieron en él, tenga que separar de su lecho de muerte á los sacerdotes y á los médicos; que pase de uno á otro cuando les llegue la hora de la agonía, para cerrar con mis propias manos, no los ojos de los muertos, sino la boca de los moribundos?

*Marquesa.* (*Retorciéndose los brazos.*) Calla! en nombre del cielo, calla!

*Margarita.* Decidme ahora que firme, madre mia; decidmelo, y se cumplirá todo eso y la maldicion del Señor caerá sobre nosotros, y los hijos padecerán por las culpas de sus padres hasta la tercera y cuarta generacion.

*Marquesa.* (*Con voz ahogada por los sollozos.*) Dios mio! Dios mio! Podeis humillarme mas? podeis castigarme mas?

*Margarita.* (*Arrodillándose á los pies de la marquesa.*) Perdon! Señora, perdon, perdon!

*Marquesa.* (*Levantándose.*) Sí, perdon! Bien puedes pedir perdon, hija desconocida y cruel, que has sido el instrumento de la venganza divina, que has abofeteado el rostro de tu madre!

*Margarita.* Piedad! compasion de mí! No sabia lo que hablaba, madre mia; habia perdido la razon! estaba loca!

*Marquesa.* (*Estendiendo ambas manos sobre la cabeza de su hija.*) Dios de justicia! Vos habeis escuchado las palabras que mi hija ha proferido, y no me atrevo á esperar que vuestra divina misericordia las olvide para siempre; pero cuando vayais á castigarla, acordaos, Señor, de que yo no la maldigo. (*Da algunos pasos para alejarse.*)

*Margarita.* (Se agarra al vestido de su madre y se arrastra de rodillas gritando.) Madre mia! madre mia! perdon! piedad! Oh, madre mia! (La marquesa se vuelve hácia su hija lanzándola una mirada terrible, la rechaza y se va por la derecha. Margarita cae dando un grito.) Ah!

### ESCENA III.

MARGARITA, desvanecida, y PABLO que entra por el fondo.

*Pablo.* (Levantando á su hermana y sosteniéndola entre sus brazos.) Margarita, hermana mia, vuelve en tí.

*Margarita.* (Recobrando sus sentidos.) Quien me habla? quién ha venido á socorrerme?... Pablo!... no podia ser otro... Oh, providencia mia! Dios te una siempre á mi lado. (Acaba de ponerse en pie ayudándola Pablo.)

*Pablo.* Ese contrato arrugado y vuestro desmayo me lo revelan todo; el suplicio de la marquesa es ya demasiado largo; quisiera que cesase inmediatamente, y para eso necesito verla. Margarita, quereis encargarnos de decirla que el capitan Pablo espera sus órdenes?

*Margarita.* Voy al instante; ah! yo tampoco debo separarme de ella hasta que obtenga mi perdon. (Pablo la acompaña hasta la puerta de la derecha.)

*Pablo.* (Solo.) En duro conflicto debe encontrarse el corazon de la marquesa; despues de tantos años de penas y de soledad, halla que está informada de su secreto una de las dos personas á quienes mas le interesaba ocultarlo,

### ESCENA IV.

MARENCEY y PABLO.

(Marencey entra por el fondo con dos pistolas en las manos: Pablo le saluda con una espresion cariñosa y fraternal: Marencey le corresponde con altanería.)

*Marencey.* (Colocando las pistolas sobre la mesa y dete-

*niéndose á alguna distancia de Pablo.)* Pensaba iros á buscar, caballero, sin saber de fijo dónde podria hallaros; porque parecido á los genios maléficos de nuestras leyendas populares, teneis sin duda el privilegio de estar al mismo tiempo en todas partes y en ninguna; pero un criado me ha dicho que acabábais de entrar en el castillo. De esa manera, os agradezco que me hayais aborrado el trabajo que pensaba tomarme.

*Pablo.* Me tendré por muy dichoso si mis deseos, aunque tal vez inspirados por motivos diferentes, estan en armonia con los vuestros. Ved en qué puedo serviros.

*Marencey.* Si no lo habeis adivinado, permitidme que me sorprenda de que ignoreis hasta tal punto los deberes de un caballero, de un oficial, y que suponga que tratáis de insultarme nuevamente.....

*Pablo.* (Con voz tranquila.) Os ruego, Marencey....

*Marencey.* (Con altivez.) Ayer me llamaba el conde de Marencey, y hoy el marques de Auray; no lo olvidéis. (*Pablo deja entrever una sonrisa.*) Os iba diciendo que ignorais los deberes de un hombre de honor, si pensais que yo puedo sufrir que ocupe ningun otro mi lugar en el duelo con que habeis venido á provocarme. Porque en verdad vos sois el que se ha atravesado en mi camino, cuando yo no pensaba en buscaros.

*Pablo.* (Sonriéndose.) El señor marques de Auray olvida su visita á bordo de la Indiana.

*Marencey.* Menos sutilezas, caballero, vamos al caso: cuando ayer os ofrecia una cosa, que no solamente un noble, sino cualquier oficial, cualquier hombre de honor admite sin titubear un instante; vos, por motivos que no puedo comprender, os negásteis á satisfacerme, y habeis ido á buscar un adversario, que si no enteramente extraño á nuestra cuestion, á lo menos no hubiera debido mezclarse en ella.

*Pablo.* (Siempre con calma.) Hacedme la justicia de creer que he debido atender á razones muy poderosas, que no me dejaban libertad para elegir otro adversario. Vos me ofreciais un duelo, pero con vos me era imposible batirme, y con cualquier otro me era indiferente; estoy bastante acostumbrado á lan-

ces mucho mas terribles y peligrosos, para que un compromiso de esta especie tenga á mis ojos mas importancia que una aventura de las muchas de mi vida. Asi, que no pudiendo admitir el duelo con vos, porque os lo repito, es imposible, elegí al primero que encontré á la mano, que fué el baron de Latour, como podia haber sido otro cualquiera; pero aquel con mayor razon, porque viéndome precisado á herir, y tal vez á matar á alguno, valia mas que recayese en un necio inútil é insolente, que en un hombre de bien que se creeria deshonrado, si soñase solamente el infame partido que el baron de Latour es capaz de proponer. Ya sabeis que el duelo se terminó sin necesidad de derramar sangre. Tuve la dicha de desarmarle dos veces, y pudiendo matarle le concedí la vida. Es cuanto puedo deciros; no me pidais mas esplicaciones, porque os doy mi palabra de honor de que no puedo responderos otra cosa.

*Marencey. (Con impaciencia.)* Y habeis creído que yo me quedaria muy satisfecho con ese simulacro de desafio? Pensabais porque de pronto no pude deteneros que ya no habia mas que hacer? Esperábais conjurar mi cólera á beneficio de ese velo de misterio con que tratais de cubriros? Ah! caballero, ya pasó el tiempo de los enigmas; ahora vivimos en un tiempo sólido y real, y la poesia está reservada para las tragedias y las novelas. Con vuestra presencia en este castillo han ocurrido circunstancias bastante fatales, para que se pueda dudar de ellas un momento. Lusiñan ha vuelto, á pesar de su orden de destierro; mi hermana se ha rebelado por la primera vez contra la voluntad de su madre; habeis matado á mi padre con solo poneros delante de él: estas son desgracias efectivas que han venido con vos desde el otro cabo del mundo como un séquito fúnebre y de las cuales os pido cuenta! Con que hablad, señor mio, hablad como un hombre habla á otro, á la luz del dia, cara á cara, y no como una fantasma que se desliza entre las sombras y se escapa á beneficio de la oscuridad, profiriendo alguna palabra del otro mundo, profética y solemne, que cuando mas seria buena para asustar á las mugeres y á los niños! Hablad,

os repito , ya me veis dispuesto á escucharos con la mayor tranquilidad; cualquiera que sea el secreto que tengais que confiarme, ya os escucho.

*Pablo. (Conservando su serenidad.)* Es un secreto que no puedo revelaros, porque no me pertenece á mí solo; creed lo que os digo, y no insistais mas. A Dios. *(Hace un movimiento para retirarse.)*

*Marency. (Corriendo hácia la puerta y cortándole el paso.)* No saldreis de ese modo, os lo aseguro; solos estamos en esta habitacion, adonde habeis venido por vuestra propia voluntad, sin que yo os haya llamado. Escuchad con atencion lo que voy á deciros: aqui el insultado soy yo: el que os exige una satisfaccion soy yo; el que ha de batirse con vos....

*Pablo.* Estais loco! Ya os he dicho que es imposible; dejadme salir.

*Marency. (Tomando una pistola.)* Cuidado! mirad lo que haceis! *(Pablo va á recostarse en la chimenea.)* Porque despues de haberme esforzado todo lo posible para que os porteis como un caballero, os puedo tratar como un bandido. Sois un estraño en esta casa, y yo os encuentro sin saber cómo ni para qué habeis entrado en ella. Si por ventura no habeis venido para robar nuestras alhajas, habeis venido sin duda para robar la obediencia de una hija á su madre, y la sagrada promesa de un amigo á otro: en cualquiera de estos dos casos sois un bandido á quien encuentro poniendo la mano sobre un tesoro mio, tesoro de honor, el mas precioso de todos.... No hay otro medio, creedme; tomad esa arma *(Tira la pistola á los pies de Pablo.)* y defendeos. *(Toma la otra pistola.)*

*Pablo. (Sin cambiar de actitud.)* Podeis matarme, conde, aunque espero que Dios no permitirá un crimen tan enorme; pero no me obligareis á batirme con vos! Lo he dicho y lo repito.

*Marency.* Tomad esa pistola! tomadla os digo, y defendeos! *(Pablo sin responderle alza los hombros y da con el pie á la pistola. Marency continua fuera de sí.)* Ah! con que no quieres defenderte como un hombre, pues muere como un perro! *(Levanta la pistola á la altura del pecho de Pablo.)*

## ESCENA V.

*Los mismos.* MARGARITA.

*(Margarita da un grito, se abalanza sobre Marencey, y al mismo tiempo sale el tiro; pero errada la punteria por la accion de Margarita, pasa la bala por encima de la cabeza de Pablo y rompe el espejo que se halla detras de él.)*

*Margarita.* *(Corriendo á abrazar á Pablo.)* Hermano mio!... querido hermano, estais herido?

*Marencey.* *(Dejando caer su arma.)* Tu hermano? Qué dices?

*Pablo.* *(A Marencey.)* Y ahora comprendeis el motivo por que no podia batirme con vos?

## ESCENA VI.

*Los mismos.* LA MARQUESA.

*(Abrese de pronto la puerta del fondo; se presenta la marquesa muy pálida y se detiene en el umbral alzando los ojos al cielo. Marencey y Margarita se arrojan á sus pies, tomándola cada uno una mano y cubriéndola de lágrimas y besos.)*

*Marquesa.* *(Despues de un momento de silencio.)* Gracias, hijos míos, gracias... Dejadme sola con ese joven. *(Marencey y Margarita se levantan inclinándose con respeto y se retiran.)*

## ESCENA VII.

LA MARQUESA. PABLO.

*(La marquesa cierra la puerta por donde se han ido sus hijos, da algunos pasos por la habitacion, y luego sin mirar á Pablo va á apoyarse en el respaldo del sillón cerca de la mesa donde está el contrato.)*

*Marquesa.* *(Continuando en pie y con los ojos clava-*

*dos en el suelo.*) Deseábais verme, caballero, ya he venido : parece que teniais que hablarme ; ya os escucho.

*Pablo. (Enternecido.)* Sí señora, deseaba veros y hablaros ; mucho tiempo hace que sentí este desco por la primera vez, y desde entonces nunca ha salido de mi corazon. Mis recuerdos de niño me atormentaban sin cesar. Acordábame de una muger que en otro tiempo me parecia haber visto deslizarse hasta mi cuna, y que tomaba yo en mis sueños juveniles por el ángel tutelar de aquellos mis alegres dias. Desde esa época tan viva en mi memoria, aunque tan remota en verdad, puedo aseguraros, señora, que mas de una vez me he estremecido al despertarme, figurándome que acababa de sentir en la frente la impresion de un beso maternal ; y cuando miraba al rededor y me encontraba solo, me ponía á imaginar que aquella muger se habia marchado ó estaba oculta cerca de mí, y que llamándola acaso volveria. Pero veinte años hace que la llamo, y esta es la primera vez que responde á mi voz. ¿Será verdad lo que en algunos momentos me he figurado con horror, que hayais temblado, señora, de que volviese á vuestros pies? ¿Será posible, como lo temo todavía en este instante, que nada tengais que decir á vuestro hijo?

*Marquesa. (Con voz sorda.)* ¿Hubiera hecho mal ayer, si hubiera temido que me halláseis? Ayer os presentasteis aqui, y el terrible misterio que debia quedar oculto entre Dios y yo, no lo es ya para ninguno de mis hijos.

*Pablo.* Y tengo yo la culpa si Dios ha tomado á su cargo el revelársele?... He conducido yo á Margarita angustiada y temblorosa á los pies de su padre moribundo, cuyo auxilio demandaba y cuya confesion tuvo que oír? La dirigí yo á casa de Bremont, donde vos, señora, la seguisteis despues? En cuanto á Marency, el tiro que habeis oido y este espejo hecho pedazos, acreditan que preferia la muerte á descubrir vuestro secreto. No, no ; creedme, señora, soy el instrumento y no el brazo, el efecto y no la voluntad. Dios lo ha dirigido todo con su providencia

infinita, para que tuviéseis á vuestros pies, como los habeis tenido ahora, á los dos hijos, que por tan largo tiempo os habíais esforzado á separar de vuestros brazos.

*Marquesa. (Titubeando.)* Sí; pero aun me queda otro, y no sé lo que puedo esperar de él.

*Pablo.* Dejad, señora, que cumpla su último deber, y entonces pedirá de rodillas vuestras órdenes.

*Marquesa.* Y qué deber es ese?

*Pablo.* Dar á su hermano el puesto que corresponde á su clase; á su hermana la felicidad que ha perdido, y á su madre la paz que desea y no puede conseguir.

*Marquesa.* Y sin embargo os tenemos que agradecer el que M. de Maurepas haya negado al baron de Lattour el mando de un regimiento que le pedia para mi hijo.

*Pablo. (Sacando el despacho de su bolsillo.)* Porque el rey me le ha concedido á mí para mi hermano.

*Marquesa. (Echa una ojeada al despacho.)* Y luego quereis unir á Margarita con un hombre de humilde condicion; sin bienes, y lo que es mas, proscrito!

*Pablo.* Todo lo contrario, señora; quiero unir á Margarita con el hombre á quien ama; no con Lusignan el proscrito, sino con el señor baron Anatolio de Lusignan, á quien S. M. ha nombrado gobernador de la isla de la Guadalupe, y que aguarda á su esposa en mi navío. Esta es su firma... podeis tomar estos papeles y entregarlos á vuestros hijos.

*Marquesa. (Mirando los papeles, y tomándoselos á Pablo.)* Sí es verdad; esto es lo suficiente para la ambicion de Marencey y para la felicidad de Margarita.

*Pablo.* Y tambien para vuestra tranquilidad, señora; porque Marencey irá muy pronto á unirse con su regimiento, Margarita partirá con su esposo, y vos quedareis sola en este castillo con aquella paz que habeis deseado tanto tiempo.

*Marquesa.* Pero mi compromiso con el baron de Lattour...

*Pablo.* ¿No es suficiente motivo la muerte de un padre,

para dilatar y deshacer un enlace proyectado? (*La marquesa le mira un instante, se sienta en el sillón, escribe algunas líneas, llama, y entra un criado.*)

*Marquesa.* (*Al criado.*) Llevad al instante esta carta al baron de Latour. (*El criado toma la carta y vase.*)

*Marquesa.* Ahora, que habeis hecho justicia á los inocentes, espero que hareis un favor á la culpable. Teneis unos papeles que acreditan vuestro nacimiento, y siendo el hijo mayor, pudiérais con ellos reclamar ántes la ley el nombre y los bienes de Marencey y de Margarita. ¿Qué me pedís en cambio de esos papeles?

*Pablo.* (*Sacando los papeles de su bolsillo.*) Dadme una sola vez el nombre de hijo, y permitidme tambien una vez sola que os llame madre mia.

*Marquesa.* (*Levantándose.*) Será posible!

*Pablo.* Me habláis de nombre, de honores, de fortuna! ¿para qué los necesito yo? Por mis solos afanes he conseguido un puesto al que pocos hombres de mi edad podrian aspirar; he alcanzado un nombre que es la bendicion de un pueblo y el terror de otro; y si quisiera, amontonaria las riquezas de un rey. ¿De qué, pues, podrian servirme vuestro nombre, vuestra clase y vuestras riquezas? Si no tuviérais otra cosa que ofrecerme, si no me diérais lo que siempre y en todas partes me ha faltado, lo que yo por mí mismo no me puedo crear, lo que Dios me habia concedido y mi desdicha me ha arrebatado... lo que vos sola podeis volverme... Madre mia; oh! volvedme mi madre!...

*Marquesa.* (*Con violencia.*) Hijo!... hijo mio!...

*Pablo.* (*Se acerca rápidamente á la chimenea: arroja al fuego los papeles y se precipita á los pies de la marquesa, que se ha dejado caer en el sillón.*) Madre mia!... ah! por fin, ha salido de vuestro corazon ese grito que esperaba, que pedia, que imploraba... Gracias, Dios mio, gracias!... (*Oculto la cabeza en el seno de la marquesa.*)

*Marquesa.* (*Alzándole la frente.*) Mírame... estas son las primeras lágrimas que en el espacio de veinte años han corrido de mis ojos! dame la mano. (*Se*

*la coloca en el corazon.)* En el espacio de veinte años, este es el primer movimiento de júbilo que siente mi corazon... abrázame!... Estas son las primeras caricias que he recibido en el espacio de veinte años... Estos veinte años me han servido sin duda de espiacion, porque ya veo que Dios me perdona cuando me restituye las caricias, la alegría, las lágrimas! Te lo agradezco, mi Dios... te lo agradezco, hijo mio. (*Le cubre de besos.*)

*Pablo.* Madre mia!...

*Marquesa.* Y yo temblaba volverle á ver... pobre de mí!... no sabia qué sentimientos dormian en mi propio corazon!... Te bendigo! te bendigo! (*En este momento suena la campana de la capilla y se oye un cañonazo. Pablo se vuelve á arrodillar.*)

*Marquesa.* Qué haces?

*Pablo.* Oís, madre mia? (*Se oye un segundo cañonazo.*)

*Marquesa.* Dos cañonazos!

*Pablo.* El tercero me llama á bordo. Madre, vuestra bendicion.

*Marquesa.* (*Estendiendo la mano sobre la cabeza de Pablo.*) Bendito seas, hijo mio, que despues de veinte años de angustia y de tormentos, has venido á traer la paz á tu madre. (*Se oye el tercer cañonazo.*)

*Pablo.* (*Levantándose y arrojándose en sus brazos.*)  
A Dios.

*Marquesa.* A Dios. (*Se separan rápidamente y cae el telon.*)

